Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX | San José, Costa Rica **1929** Sábado 26 de Octubre | Núm. 16

Año XI. No. 470

SUMARIO

Mis peregrinaciones

La azotea de Stendhal

NADA es capaz de sacudir tan afanosamente nuestro espíritu, como la visita a los lugares que han formado, o contribuido a formar, la sensibilidad de los grandes artistas. Obrando a la manera de una discreta música interior, ellos han ido despertando poco a poco, en las almas privilegiadas, esos ardores sin matices que semejan neblinas jugosas encaramadas en el alba humana y cuyo destino es empapar el suelo de la existencia, hasta el minuto postrero, de una pura, quemante, sumisa y vertiginosa materialidad. Tal es el caso de la ciudad de Grenoble, que fué la cuna de Stendhal, y que yo he recorrido, no hace mucho, en una tibia jornada de primavera llena de esa graciosa voluptuosidad que las flores expanden sobre la tierra.

Montaigne habla de «almas con diferentes pisos.» A nadie puede aplicársele con mayor propiedad dicha expresión, que a Sthendhal, cuya sensibilidad viva, delicada y caballeresca y cuya imaginación ávida de heroísmo y de romanesco, lo empujaba a vivir frenéticamente todas las vidas que llevaba consigo: la del ambicioso, que a los veinte años le hacia soñar ya desesperadamente con la gloria; la del *dandy*, escéptico, fatuo, un poco cínico y un poco cruel; la del ideólogo, atiborrado de matemáticas; la del lógico, con la limpidez implacable de su espíritu; la del exquisito *amateur* de almas y de arte; la del apasionado extravagante de la música; la del grande y altivo escritor, que señaló como plazo para ser comprendido, cuarenta años después de su muerte; la del poeta animador de quimeras y, finalmente, la del amoroso, desbordando sobre todas sus otras modalidades y llenándolas de vida, pues, el amor fué casi la sola cosa que contó para Stendhal en la existencia. No en balde Taine lo llama «el hombre divino.» Y si Stendhal es el prototipo, o más bien, el complemento de todos sus héroes, es porque como ellos, aportó en la pasión, una voluntad de abdicación absoluta y un ardiente deseo de conquista, y porque como ellos, se sintió atraído por los grandes movimientos del alma, más que si éstos hubiesen sido una batalla. Así se explica, que curioso de las ciencias, hubiese escogido entre todas, la ciencia de los hombres, consagrando el tiempo que no pasaba en observarlos, en estudiar sus propios sentimientos, como si dentro y fuera de él mismo, sólo quisiera gozar de los espectáculos vertiginosos de la vida.

Tierno, apasionado y con una sensibilidad ardiente, fina y casi púdica, que escondía a menudo, Stendhal amaba a su manera, buscando la fantasía y el divino imprevisto, ya que lo



Stendhal

que le interesaba en el amor, no era lo que decían los pedantes, sino lo que él mismo experimentaba en su temida y ansiada presencia. Un tal interés lo hacía jugar, a veces, un doble rol, pues, mientras una parte de él, obraba, la otra parte se miraba obrar y, lo que es más se analizaba, haciendo de sus sentimientos una crítica cerrada. Pero, en ningún momento fué egoísta; Stendhal conocía demasiado la dulzura de los sentimientos vivos, para serlo.

Como lo importante en un escritor ocupado de las costumbres y sobre todo, del corazón, no es que encuentre a cada paso *la* verdad. sino que, iniciándonos en la rebusca de *su* verdad, nos enseñe a encontrar *la* nuestra, Stendhal, que perfeccionó el sistema como jamás lo ha hecho ningún otro psicólogo, ha llegado a ser por ese solo hecho, uno de los más seguros y delicados guías del alma contemporánea. Si se le coloca en *su* tiempo, Stendhal aparece aislado; pero, si se le contempla en la hora actual, se le ve rodeado de una *élite* de caracteres esencialmente aristocráticos. Todos aquellos que desdeñando la furiosa rapiña de honores, de que se manifiestan tan ávidas nuestras democracias contemporáneas, o la servil inclinación ante la canalla triunfante, aspiran a ser hombres completos, son stendhalianos. Stendhal representa esencialmente a esa especie de hombres en los cuales las necesidades de la sensibilidad están asociadas a las curiosidades de la inteligencia y que, a pesar de las groserías de la vida, guardan el gusto de vivir.

La ciudad de Grenoble conserva intactos, los rincones en donde el autor de *La Cartuja de Parma* vivió su inquieta, su ávida y tímida adolescencia y su conmovedora juventud. La antigua calle de los Viejos Jesuitas, que hoy lleva el nombre de Juan Jacobo Rousseau, por haber habitado en ella el filósofo ginebrino durante un mes de su errante y atormentada existencia, se ve ahora más triste aún que en tiempos de Stendhal, porque el centro de la ciudad y con él, el ruido y el movimiento, han cambiado de sitio. La casa natal, negra, sombría, abre siempre su feo corredor casi frente a los restos del hotel del consejero Rabot, cuyas arcadas y ventanas, en forma de tabernáculos, tienen toda la gracia de esos comienzos del siglo XVI, tan airosos en su arquitectura El interior, en el que el doctor Gagnon, abuelo de Stendhal, instaló «la más bella vivienda de la ciudad», se conserva también casi intacto. Por la vieja escalera, que debió ser magnífica para la época, se sube al aposento del cual hay en la *Vida de Henri Brulard*, una tan minuciosa descripción, reconociendo fácilmente «el salón a la italiana», que durante la Revolución fué transformado en capilla; la pieza que encerraba las colecciones mineralógicas del viejo médico y la sala de trabajo, en el fondo de la cual estaba la biblioteca que le proporcionó al joven Beyle, la alegría fiebrosa de las lecturas prohibidas.

Pero, el más viviente recuerdo que queda de Stendhal en aquel viejo edificio es esa azotea de la cual él habla tan amenudo y en donde se deslizaron los mejores minutos de su infancia y su niñez. Edificada a gran costo, sobre fragmentos de las antiguas murallas romanas que defendían la ciudad, por el abuelo de Stendhal, el cual hizo plantar en ella, en profundos cajones de cimiento, arbusto y viñas que debían cubrirla, un día, de un emparrado de verdura, ella no es sino la prolongación del piso habitado por la familia del escritor. Desde allí y por encima del pequeño jardín que hay

a sus pies, la vista se pierde en las mesetas del Vercors, con la masa redondeada del Moucherotte, las quebradas calcáreas de Sassenage y la línea de rocas que dibujan un vago perfil de Napoleón.

Fué sobre esa azotea que su sabio abuelo le dió las primeras lecciones de cosas, citando, mientras regaba sus plantas, a Plinio y a Linneo; fué sobre esa azotea, contemplando las puestas de sol y escuchando las campanas de San Andrés o el ruido de la bomba de la plaza de Grenette, cuando las sirvientas extraían agua para sus quehaceres domésticos, que sus sentidos se abrieron a las dulces emociones del arte; fué sobre esa azotea que Stendhal devoró a escondidas, los libros extraídos de la biblioteca familiar y que iban a modelar tan profundamente su alma frenética y sensitiva; fué sobre esa azotea que por las noches de verano, su espíritu, ávido de sensaciones exasperadas, le pedía al viejo doctor que le hablase del cielo constelado. Y fué allí también en donde se estremecieron, como hierbas locas batidas por el viento, sus encendidos ensueños de adolescente y sus primeras angustias de amor... Cuando el sol de medio día agujereaba el ramaje con sus inmóviles listas de oro, el joven Beyle veía danzar en torno suyo, en imprecisas siluetas, a su pequeña amiga Victorina, hermana de uno de sus compañeros de colegio; a la señorita Vignon, con sus grandes ojos rojizos, que le daban el aire de un conejo blanco; a la bella señora Montmort, inspiradora de la deliciosa obra maestra de Chodeñlos de Laclos: *Liaisons Dangeureuses*, y sobre todo, a la joven actriz Cubly, que se le había aparecido como una reina de las tablas y que habiéndola encontrado, un día, en los jardines públicos de la ciudad, se echó a temblar todo entero, huyendo luego como un loco, para apaciguar su emoción. Se diría que hay algo de sagrado en esos primeros avances del instinto, invadiendo el alma antes que ésta haya comenzado a despertarse, y que dan la sensación de ver a un niño súbitamente cogido por la mano formidable de un dios.

Jamás, en ningún escritor, la marca de las cosas fué más perseverante que en Stendhal. Sus primeros recuerdos, sus impresiones de juventud, que él rumió hasta el fin de su vida, no se borraron nunca de su memoria. Es que el verdadero Stendhal, es el Stendhal despertándose a la vida... Así, en ninguna parte podemos sentirnos más cerca de él, que sobre esa azotea desde donde su joven espíritu partió a la conquista del mundo, a la conquista de los hombres y a la conquista de él mismo y en donde a la sombra del viejo parrón que él vió plantar y crecer, yo pude soñar toda una tarde, en su singular, en su antojadiza, en su caprichosa existencia.

Leonardo Pena

París, 1929.

Lector curioso, hágase de estas obras de Stendhal:

La Cartuja de Parma. 2 vols. pasta	¢ 5.00
Rojo y Negro. 2 vols. rústica	4.00
Vida de Napoleón. 2 vols. rústica	1.50

Glosas

=De *A B C*. Madrid=

Campos de profecía.—Se cultivan hoy en Europa algunos predios cerrados, con propósito de adoctrinar a sectores más o menos escogidos de la sociedad contemporánea en las altas disciplinas del saber, en aquellas que tienen más inmediata y delicada aplicación a las normas interiores de la vida.

Lo malo es que, en los ejemplos más famosos, en aquellos que han suscitado, en el mundo cosmopolita de los amigos o de los diletantes de las cosas del espíritu, mayor interés, quienes han tomado ministerio en la prueba han sido maestros tocados y hasta curtidos de menester de profecía. Hombres en situación de ruptura con la mentalidad científica y con la sociabilidad irónica, propias de nuestro Occidente. Así el *antropósofo* Steiner, así el *Buda viviente* Krishnamurti y su empresaria, Annie Bessant; así el mismo Keyserling.

Dornach. -Desde la muerte de Rudolf Steiner, los de Dornach no levantan cabeza. Fué una lástima, porque la fundación del profeta antroposófico, ese *Goetheanum*, que se destinaba a convertirse en una especie de archi-Bayreuth dramático—y más místico aún—donde la atracción turística de los *festivales* debía aunarse con el recogimiento cotidiano de un adoctrinamiento esotérico, se presentó, en su hora, bajo los mejores auspicios.

Como el de Esquilo, el primer teatro—también de madera- de Rudolf Steiner se quemó en un incendio. El nuevo, en cemento armado, aplica con menos fidelidad el principio estainiano—y pretendidamente guetiano—de la perpetua metamorfosis. En cuanto a la forma, las líneas rectas se cambian allí continuamente en líneas curvas. Pero, en cuanto a la materia, se han tomado todas las precauciones para que el monumento no se convierta en ceniza.

He estado en Dornach de excursión desde Basilea. Y he quedado muy reconocido a los estainianos por las facilidades otorgadas a mi visita al *Goetheanum* y por su complacencia para con mis deseos de información y de experimento.

La misma garantía capital que, en casos análogos, solicito siempre que es posible—la prueba de un pensamiento en relación con las artes del dibujo,—me ha sido allí ofrecida con espontaneidad. Sin pedirlo, se me llevó ante el monumento simbólico—siempre en madera—labrado por el fundador, para centrar las devociones de su tiempo; con el personaje simbólico a media altura—aquella especie de figura a lo Jesús—y, abajo, unas cosas, que significan el mundo de Arimán, y arriba otras, que aluden al mundo de Lucifer, etcétera.

A un hombre de la elevación teórica de Soloview, autoridad capital en la historia del pensamiento ruso moderno, no vacilé un día en hacerle responsable del mal gusto de cierto estandarte blanco y azul «con una copia de un Guido Reni»... Cuanto más, hoy, a Steiner, que aparece, después de todo, como autor de esa criptomaquia en leño.

La cual, desde el punto de vista que digo, el del puro dibujo, es, la verdad, muy mala. El monumento parece un Aniceto Marinas, en peor.

Quedaba, después de todo, una posibilidad de indulgencia para el pensamiento de quien lo labraba. Quedaba la invocación de los derechos que se ganan con el trabajo auténtico de las manos, con el sudor auténtico de la frente... Con el esfuerzo y la lucha, que muestran, por lo menos, no tratarse de un diletantismo allí, aunque el resultado plástico no sea satisfactorio:

> «Wer immer strebend sich bemueth
> Deun Koeunen wir erboesen...»

Sí, el *Fausto* tiene razón: fácil es salvar a quien deveras se ha esfozado. Pero, ¿cuál fué el secreto de la fábrica del monumento que guarda el *Goetheanum?*

—«En el detalle de determinados fragmentos—confiesa mi amable guía—algunos artistas ayudaron, sí, al Doctor Steiner...»

Ni una palabra más. Ya estamos entendidos... Hasta más ver, señores. Hasta más ver, y vámonos a otro campo de profecía.

Ommen.—Krishnamurti, el niño-prodigio teosófico, el que todos los años, en el magnífico campo de Ommen, donativo del barón Van Pallandt, y bajo la mirada maternal y octogenaria de Annie Besant, predicaba la buena nueva (en rigor, la buena nueva era él) a millares de discípulos y discípulas congregados, acaba de declarar disuelta su Orden, la ***Orden de la Estrella.*** En el fondo, me alegro, porque del periódico que publicaba la Orden me habían escrito preguntándome, so color de encuesta, qué me parecía del mundo, del alma, del porvenir, de la libertad, del bien, de la belleza y de otras buenas cosas, y el caso es que yo, así, de pronto, no sabía cómo contestar; con lo cual, y agradeciendo mucho el honor de la pregunta, iba siempre demorando, no sin remordimiento, la respuesta.

Sea lo que quiera del mundo, del alma y de lo demás, la Orden, yéndonos a lo práctico, ya no existe.

—«Yo soy la Verdad—parece que ha contestado Krishnamurti a los que le sondeaban acerca de los móviles de su decisión,—y la Verdad no se organiza.»

Palabra de oriental. Para un buen occidental, al contrario, la Verdad *no es*, en rigor *otra cosa que organización*...

Como la Belleza, como el Bien. Y la más alta y genérica de las categorías, el Orden.

También ha declarado Krishnamurti:

—«Yo soy la rosa, la rosa perfecta. Yo soy el árbol, y el mundo es el viento que pasa por él.»

Aquí ya no podemos seguirle. Mientras habla de la Verdad, cabe retruco. Pero, ¿qué decirle a un señor de americana cruzada que declara ser la rosa perfecta?

Si él es la rosa, nosotros somos el lucero del alba, y en paz.

Darmstadt.—Tampoco parece que la ***Escuela de la Sabiduría,*** que en Darmstadt tiene abierta el conde Keyserling, nuestro huésped del año pasado, marche muy bien. La instalación no ha pasado de la modestia más precaria, y el ambiente, la primavera última, era más bien de desaliento. Después, el profeta se ha marchado a la América del Sur. Su culto a los monólogos explosivos y a los sabios *menus* con obligación de vinos franceses tiene adeptos, en 1929, en ciertos medios de allí, como los tenía, en 1921, el culto comtiano a Clotilde de Vaux.

En Alemania y, en general, en Europa, el esfuerzo de la *Sabiduría* va volviéndose, más que escolástico, editorial. Forzando un poco la máquina, se ha pasado del período de propa-

ganda de las obras del fundador al de la publicación de ciertas compilaciones o misceláneas, de varia minerva, sobre el amor, el matrimonio, el hombre y la tierra y otros asuntos candentes. Otro de los *pionners* del «movimiento de Darmstadt» y presidente de la *Geseschaft fuer freie Philosophie*, acaba de publicar un libro en el que hace el elogio, documentado con bellas fotografías, del gusto y del *confort* con que están instaladas la casa y las colecciones artísticas de un munífico amigo.

En cuanto al conde, parece que se orienta hacia el profesorado. El profesorado universitario, en la forma habitual y normal alemana, donde sus talentos indudables han de encontrar, sin duda, un disciplinado empleo.

Y, sin embargo.—Y, sin embargo, apesar de los dudosos resultados referidos, a pesar de este simultáneo crepúsculo de lo de Dornach, lo de Ommen, lo de Darmstadt, *hay aquí algo*.

Hay el hecho de que si, por un lado, ciertas instituciones de tipo profético para la comunicación del pensamiento filosófico no llegan a cuajar, por otro lado, el deseo de la Humanidad parece no poder ya contentarse con las manifestaciones pedagógicas y profesorales ordinarias, con la eficacia del tipo del filósofo-profesor, impuesto en Occidente, desde la hora de Kant hasta la de Nietzsche.

Habrá que dar alguna atención a este problema. Y acaso pensar en alguna forma nueva, pero *limpia*, de resolverlo.

En alguna forma de cultivo, casi monástico, de los jardines del Saber, lejos de los campos de la Profecía.

Eugenio d'Ors

Estampas

La gallera periodística

El filisteo tiene en Heine un acosador tenaz. Nunca lo perdió de vista. En cuanto no más cernía una población con su genio admirable, el filisteo quedaba sobre el cernedor. Allí le aplicaba su ironía implacable. En una de ellas había además de estudiantes y profesores «filisteos y ganado». Siempre los sorprendía en menesteres ruines. No le encontré explicación a la ocurrencia de Dios de «crear a tanta canalla».

El filisteo es siniestro. Veámoslo: «En vez de riñas de gallos, tenemos periódicos, en donde unos pobres diablos, especialmente cebados para ello, destrozan mutuamente su buen nombre, mientras los filisteos exclaman alegres: ¡Ved, aquel es un gallo de primera! ¡Aquel otro yergue la cresta! ¡Aquel posee un recio pico! ¡El gallo joven tiene que mudar de plumas, hay que excitarle!»

El mismo filisteísmo perseguido por Heine existe hoy refinado. ¿No lo tenemos también entre nosotros afanado en hacer de la prensa una gallera? Quiere riñas con aletazos, cantos, cacareos y toda estridencia gallística. Quiere cancha a ocho columnas, porque ya no se contenta con ver sobre ella a pobres diablos solamente. El moderno filisteo se ceba él mismo para la riña. Su vanidad le pide ese ejercicio que no por plebeyo está exento de una profunda complacencia. ¿Cómo va el moderno filisteo a proferir exclamaciones para los demás? Son estos los que delirantes deben decirle a él: «He ahí un gallo de primera! ¡Cómo yergue la cresta! ¡Qué pico tan recio! ¡El gallo viejo con el ala mata! ¡Espuelas de marfil! ¡Cresta de oro!»

La gallera poriodística como creación del filisteo, es la negación más rotunda del poder cultural de la prensa. Cuando el hombre lo que quiere es cancha para enseñarse, lo que ha de ser guía inteligente de un pueblo se convierte en espectáculo ruin. Las columnas de la hoja impresa convertidas en refugio de mentes soberbias y petulantes, no dan sino oscuridades y confusiones. Es verdad que esas mentes se juzgan a sí mismas luminosas. Mas es recio el golpe del ala con que anuncian a diario el canto de su aparición que dice: «Y bien ¿en dónde está el otro gallo?» «Nada más que esto buscan y columbran» en el horizonte del país. Sin ese espectáculo no podrían vivir. Trajinan el diario y la revista buscando la alusión personal que sea el pretexto para iniciar la riña, ante los que se deleitan y dan aplausos. Por mínima que sea la alusión, ellos lanzan el quiquiriqui al día siguiente y se quitan las botainas para mostrar reluciente y puntiaguda la espuela. Conocen el escenario en que representan y la psicología de la gallera. Sus esfuerzos están por eso concentrados en dar una impresión rápida de sus fuerzas. El país, a quien han acostumbrado al espectáculo, se regocijará de la habilidad con que acometen y ponen en fuga al otro gallo. No se podrá reflexionar en si realmente aquella lucha vale la pena o no de presenciarse.

Mientras el hombre de luchas de gallera no vea en la prensa sino riñas infecundas y degeneradas, no habrá que confiar en que de él salga redención para un país. Los problemas vitales de orden nacional no tienen para él preferencia ninguna. Es claro que su habilidad le dice que debe aparentar un interés por ellos y entonces se vuelve lírico y da más duros aletazos. Pero son recursos de gallera y la vigilancia de todos los que aspiramos a que la patria se construya sobre realidades, debe aplicarse contra este aspecto camaleónico. No puede el encebado para la riña separarse de su inclinación natural. Los negocios de un país, aquellos de los cuales dependen su soberanía y su cultura, son buenos para divagar cuando haya que coger gobierno. Y aun esas mismas divagaciones hacen de la prensa siempre la cancha de gallos. De otra suerte no tendrían eco. Y es que a un país no se le defiende sino con el sacrificio y esta virtud no la puede tener el político de la gallera periodística. Sus cálculos están constantemente dando vueltas alrededor del dominio que él ejerce. Por nada del mundo lo perdería. De ahí que acomode sus habilidades camaleónicas al público que le vaya sintiendo a las voluntades que quiere encauzar a su noria. Él sabe que una vez encauzadas, quedan atadas a la superstición de que él se ha revestido.

Puede así, adormilados los ánimos, ir a la cancha y pontificar y ser creído. ¿Quién osará erguirse ante él en actitud vertical? La superstición consume el discernimiento humano en una profundidad infranqueable.

Mas la disciplina del espíritu de los hombres nuevos, de los que están atentos a que el país se engrandezca y se llene de prosperidad, por fuerza ha de encauzarse a acabar con toda sombra de dominio caciquil. Hemos de dejar bien claras nuestras intenciones para que no se las crea salpicadas del odio infecundo. No queremos quitarle el campo a nadie. Por eso no damos codazos ni seguimos el camino de la gallera periodística. Queremos la compañía de hombres nuevos. En ellos se encuentra siempre el compañero que no se mete a escampar, con la primera lluvia, al alero cercano, que dijo nuestro grande Omar Dengo. El país necesita de fuerzas que le renueven en muchos aspectos de su vida económica y cultural. Y esta renovación no data de ahora. Desde hace años está planteada y ha servido de caballo de batalla a los políticos de la gallera. Divagando sobre ella han obtenido gobierno, defraudando luego las esperanzas de todos los que juzgaban en ellos la fecundidad del genio del estadista.

¿Y es posible que por modorra o por ignorancia, de todos estos hechos tan cercanos no alentemos el movimiento que niegue el regreso de los políticos de la gallera? No nos han de sorprender a nosotros, que conocemos el juego, las voces de los que se arrogan el poder del país entero y reclaman que son todos sus hombres los que, huérfanos de conductor, deshechos en llanto suplican ese regreso. El país ha avanzado, necesariamente ha tenido que avanzar, y sus problemas reclaman la energía y la capacidad de mentes de otra generación. ¿Qué hace Inglaterra con Lloyd George una vez pasada la guerra? ¿Qué hace Francia con Clemenceau? Como los problemas son otros, las mentes que los afronten tienen que ser otras. Ya no hay que destruir naciones sino reconstruirlas y para esta tarea no sirve la técnica espiritual ni intelectual de los que organizaron la destrucción. Nosotros en pequeño hemos pasado los efectos de aquella formidable destrucción. Hay que reconstruir la patria y sobre todo, hay que reconstruirla en uno de sus aspectos más primordiales, esto es, en el aspecto humano. ¿No están acaso los alucinados de buena y de mala fe, alzando a diario el vocerío de que tenemos enseñoreada la crisis de hombres? Para ellos esa crisis se reduce a no ver sino con la mirada de la superstición con que los ha enceguecido el político de la gallera, a los demás espíritus. No es por eso voz justiciera y visionaria. Pero sí reclama el aspecto humano una atención preferente y sabia. No se la puede dar sino el hombre nuevo. Precisa moldear conciencias de una resolución grande.

Juan del Camino

Limón y octubre del 29.

Cuento de niños pobres

El camino se estiraba, crepitando la tierra seca bajo el sol candente de la selva. De la montaña bajaba la noche trayendo de la mano al viento.—Yo no sé por qué las almas de los niños vagabundos tienen la misma tristeza del viento! La cordillera fría circundaba todo el paisaje. Mucho habíamos caminado. Tenía los pies reventados como la arcilla cocida. Las bestias que arréabamos, en la cuesta, maldecían al cielo mirando con sus ojos rasgados.—¿Habrá Dios para los pobres?—me preguntaba solo. Mis compañeros, ya grandes, eran dulces conmigo, como la lluvia para la siembra. Era tan niño que apenas comprendía la vida deletreándola. Iba yo alegre. ¡Qué nuevos descubrimientos hacían mis ojos al voltear cada cerro...! Creía encontrar el principio del mundo. Después de todo, esta alegría de sentir la naturaleza y el cielo, como cuando uno siente, prendido de los senos de la madre, su ternura, vale por todos los sufrimientos de haber visto a otros niños que jugaban en los parques cargados de juguetes y dulces.—¿Por qué cuando yo iba al parque los niños se retiraban de mi lado? Se me caían los ojos licuándose en las lágrimas. Mamá nunca me pudo comprar un juguete. Miento. La noche de Navidad, víspera de mis siete años, tenía zapatos por primera vez. Mi alegría fué tan grande que mi corazón se anudó en los dientes. Los besaba, acariciándolos entre mi pecho, y me quedé con ellos dormido hasta muy entrado el día. Bueno, estas cosas dan ganas de llorar.



Madera de *F. Amighetti*

Ya al llegar al poblacho, donde todas las casas humeaban, sintiéndose un dulce olor a cebada tostada, me lavé la cara, secándoseme con el frío. Los arrieros me señalaron la casa de la tía Benjamina, y uno de ellos, besándome, se despidió para no volverlo a ver más. Rondando el caserío estuve, alargándose el tiempo como el camino, cuando uno espera. No me atrevía a gritar, tía Benjaminaaaa. Mi prima Hermelinda,—mucho mayor que yo, entonces tenía 13 años, — me encontró sentado en el poyo, mirando la cruz en el centro de la plaza, donde supe más tarde que allí todas las noches lloran los muertos. Tanta fué la alegría de la prima, que gritó: Mamatina, mamatinaaa, aquí está Huipala, Huipalita. La tía salió asustada como una yegua chúcara, mondando una patata, y se arrojó sobre mí con mi misma madre, preguntándome con insistencia: —¿Cómo has venido, Huipalita? ¿Ha venido tu mamá? ¿Eres tú? Tendría yo la cara buena después de haber caminado a pie 5 días, que la tía lloró amargamente, meciéndome entre sus faldas. Todavía recuerdo su traje de franela roja a cuadros negros oliendo fuerte a humo.

Aquella noche comimos muy entradas las horas. Nos sentamos en unos banquitos de madera alrededor de una pequeña mesa. Aquella noche llovía a cántaros y el techo de paja dejaba filtrar el agua, poniendo la tía vasijas a todas las goteras. Las paredes llenas de grietas dejaban crecer musgos, donde encontré más tarde tarántulas que las metía al fuego, reventando como los cohetes. La vela de sebo apenas podía alumbrar la mesa. Las gallinas en uno de los rincones del cuarto dormían silenciosamente; sólo de vez en cuando rasgaba el gruñido de los cerdos que dormían en el corredor, nuestra conversación, toda relacionada con la familia. De mi madre, cuyo recuerdo se me prendió como una aguja en la garganta. ¡Pobre mi vieja! Sólo más tarde comprendí la tristeza colgada de su cara prematuramente arrugada. Y yo fuí tan malo con ella, huyendo de la casa, a pesar de que me decía, besándome la cara: ¡No nos vamos a separar! ¡Nos vamos a morir juntos! Y el destino nos separó. Un día, estando ya lejos, le venció la muerte, a pesar de que nunca quiso morir. Gritó esa noche con todas sus fuerzas en el límite mismo en que nos desconoce Dios.—Huipalita, yo no quiero morir. Acércate, abrázame, hijo mío—decía—y cuando quiso incorporarse en la cama cayó muerta. En sus ojos se habían grabado las caras de sus seis hijos.

Así pasaron los días, los años. La riqueza de la tía eran siete cabras que yo pastaba en los cerros, y cuando regresaba a la casa, bailaría en mi cara la naturaleza, de habernos sacado, con otros pastores, canciones del fondo mismo del corazón. Tal era nuestra alegría, cuando no gritábamos, o reíamos hasta llorar, dilatábamos nuestros nervios arrojando desde la plaza, como los antiguos guerreros, galgas que se precipitaban cuesta abajo. A veces los compañeros miraban fijamente como los cóndores, el desbarrancamiento de las piedras, que una tras otra se estrellaban en el río que corría en el fondo, como una larga serpiente, con un sonido ronco, el mismo que se deja sentir más en las noches, sin que ninguna fuerza lo detuviera en el camino; y pensé que debe ser así el hombre, desde que viene al mundo a romper la injusticia.

En la casa Etruscha, el hijo espurio de la tía,—decían los vecinos—a quien ocultaban cuando llegaba el cura, el gobernador o algún personaje conspicuo, miraba con ojos encendidos de cólera a la tía Benjamina que le gustaba coquetear con el señor cura. ¡Yo no sé por qué los niños al comprender maldicen tanto la vida! Lo que hiere en la niñez se acrecienta con el tiempo, como los incendios en los bosques.

Etruscha tenía seis años y razonaba mejor que cualquier hombre adulto de la comarca. En el pueblo decían todos que Etruscha era para el cielo. Tan bueno que se moriría pronto. Recuerdo que me decía:—¿Tu mamá también te ocultaba?—Huipala, ¿tú no lo quieres a Etruscha? Mamá no me quiere. Cuando las gentes le dicen—doña Benja cómo le envidio su niño, es mi sobrino—responde siempre,—¿No tienes papá, Huipala? Como yo tampoco lo conocí, nos echamos a llorar inconsolables, solos, muy solos, pinchándonos la cara con la leña que recogíamos para la merienda.

Cuántos meses fuimos hermanos, lo que es tan difícil entre los hombres. ¡Ay, para qué hablar de la mujer!

Etruscha se entristeció mucho los últimos días. Con las manitas en el bolsillo oteaba el vacío, esperando que yo subiera. Cuando aparecía en la plaza hondeando los pájaros, corría en mi alcalce y me agarraba de la mano fuerte, y por muchas veces nuestros ojos se encontraban terriblemente.

Amarradas las cabras en el patio, dando de mamar a sus crías, nos íbamos a caminar hasta muy entrada la noche. Contábamos las estrellas y corríamos cazando las luciérnagas. A veces nos perdíamos; era tan dulce su voz para encontrarme que los jilgueros cantaban en los quinhuales.

Una tarde Etruscha no me esperaba. Para un niño que podía ser la vida como el azúcar, estaba viendo con los ojos húmedos cómo un Pito (1) hacía su nido en el techo de paja del Cabildo donde vivíamos. Todas las mañanas oíamos el silbido agudo y trágico. Etruscha cada día era más triste, hasta se olvidaba de dar de comer a sus gallinas, que las adoraba y les ponía borlones de estambre en las orejas. En la casa ya no se le sentía. Cada dia estaba más lejos de to-

(1) Ave del mal agüero.

dos. Mi tía para curarle el corazón le daba sangre de golondrinas que agarrábamos en la torre de la Iglesia.

Cuando el Pito reventó sus pichones, Etruscha murió. Murió en la tarde, cuando yo llegué. Me agarró como siempre de la mano. Me miró fijamente en los ojos, hasta que sentí frío en el alma. Y me dijo:—¿Huipala, lo quieres a Etruscha? Mamá nunca me quiso. Y abrazándose de mi cuello lloró amargamente, hasta que sentí su último aliento en mi boca. Cuando quise desenganchar sus manos, se le llenó de sangre la nariz y la boca. Yo corrí ganando al viento y tocaba la campana de la Iglesia, doblando tristemente como si fuera para mí mismo. Así llegó la noche, y Etruscha yacía entre 4 velas encendidas cubierto con el manto de la santa María. Todas las horas de la noche estuve a su lado con el corazón cariado. Parecía que me decía entre el oído para no molestar la blancura silenciosa de su cuerpo.—¿Lo quieres a tu Etruscha? Yo sin poder contener las lágrimas, me abandoné para que me llevara en sus labios, entreabiertos con la primera sílaba de mi nombre. Desde entonces soy sombrío, como las costas de los mares, pero fuerte como los nevados de mi país.

Amaneció doblando la campana, y al salir a la plaza, su sombra era la mía. El día como una cera pálida sostenía el sol, y al levantar la vista sobre el techo, ví volar los pichones del Pito. Al medio día, cuando el sol pasó por sobre la casa, llegaron los músicos, y así nos lo llevamos para enterrarlo, en el húmedo suelo de la Iglesia, al pie del altar mayor, donde está Santiago, el ciego de la comarca que murió arrojado por los fantasmas, cuando doblaba las campanas a la media noche. Santiago era bueno como un perro, y todos le lloramos.

Yo nunca supe comprender por qué mi tía no lloró, y me dijo: «esta ropa es de tu mamá».

Serafín Delmar

México, D. F., 1929.

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

La Editorial MÉXICO JOVEN, Aptdo. 8018, México, D. F., ha editado un

Tratado de Metafísica, por José Vasconcelos. México, 1929.

Se explica en este volumen la primera parte de un sistema de Filosofía titulado El Monismo Estético, que se acabará de desarrollar en una Etica y una Estética compuesta de tres partes: lo Apolíneo, lo Dionisiaco y lo Místico o Religioso. Nos envía este volumen el autor, con «el cariño invariable de José Vasconcelos».

De los autores:

Juan E. O'Leary: *El Centauro de Ybycuí*. Vida heroica del General Bernardino Caballero en la Guerra del Paraguay. Prólogo de Carlos Pereyra. Edit. LE LIVRE LIBRE. París.

Justo A. Facio: *Temas de Educación*. San José, Costa Rica. 1929.

Serafín del Mar: *El hombre de estos años*. México. 1929.

Gimnasia de poemas humanos. El hombre solamente es justo, cuando hace de su patria la tierra entera. El nacionalismo estético es la máscara de la picardía. Nosotros somos la Justicia, por eso somos ciudadanos del mundo, y sabremos vencer.

Grabados en madera del pintor revolucionario Fernando Leal.

B. González Arrili: *Tierra mojada*. Buenos Aires. 1923, y *Deliciosa Jujuy*. Jujuy. Rep. Argentina.

El Dr. José Guillermo Lewis, Diputado a la Asamblea Nacional de Panamá, nos remite un ejemplar de

Por las generaciones futuras. Panamá. 1929.

Antecedentes, documentos y discusiones sobre las leyes de examen pre-nupcial y profilaxia social, compilados y presentados por el Sr. Lewis.

Dña. Mercedes Pujato Crespo de Camelino Vedoya, (Guemes 2977, Buenos Aires), nos remite dos de sus obras:

Días de Sol y *Liropeya*, poema dramático, en tres actos. Basado en una leyenda argentina. Ambas obras, editadas por L. J. Rosso. Buenos Aires. 1929.

H. Díaz Casanueva nos envía sus:

Poemas para niños. Selección del folklore chileno y de autores contemporáneos, adaptada a las diferentes etapas del desarrollo psicológico infantil. NASCIMENTO, Santiago de Chile. 1928.

Nos duele leer esto que nos dice tan buen maestro chileno: «Estoy desterrado en Montevideo. Mi dirección es: Comercio 308».

De Concha Espina recibimos:

La virgen prudente. Novela. RENACIMIENTO. Madrid.

De London, 56 Victoria Str., Chilean Commission, nos llega esta obra poética:

Juan Marín: *Looping*. Imp. NASCIMENTO. Santiago de Chile 1929.

Una de las últimas ediciones de BABEL, Buenos Aires:

Pasado amor, preciosa novela de Horacio Quiroga. Con xilografías de Giambagi.

La Biblioteca Editorial ESTUDIOS, (Aptdo 158. Valencia, España), ha sacado:

Anissia. Narración de una campesina rusa. Vista y corregida por León Tolstoi. Versión castellana de Delaville.

De los autores:

Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva: *En las huellas de la pezuña*. Panfleto. Prólogo de José Rafael Pocaterra. Colofón de Magda Portal. Santo Domingo, 1929.

A la memoria de Manuel Segovia, muerto por la libertad de Venezuela en la madrugada del Sábado de Gloria de 1928: dedicamos.

Juan Rivera Reyes (Consulado de Panamá. 5, Rue Amiral Courbet, Saint-Nazaire. France): *La revisión de los Tratados*. Prólogo del Dr. José Gustavo Guerrero., Ministro de El Salvador en Francia. París. 1929.

Jesús S. Soto: *Aspectos de la nueva ideología mexicana*. México, D. F., 1929.

LA CASA DE MONTALVO, en Ambato, Ecuador, nos envía:

Juan Montalvo: *El heraldo de las Siete Catilinarias*. Precedido de un prólogo de Dilettante.

Miguel Angel Albornoz: *Sueños y cantigas*. Precedido de un prólogo de Dilettante.

El Gobierno de Ecuador tiene organizada una Oficina de Información y Propaganda del Estado, que lo recomienda, que nos llama la atención. Ahora nos remite el folleto Núm. 14, titulado:

Estado actual de la Pre-historia Ecuatoriana. Conferencia del arqueólogo Prof. Dr. Don Max Uhle. I. Quito, Ecuador. 1929.

Dirección de la OFICINA: Casilla 461. Quito.

De la International Conciliation, a su vez de la CARNEGIE ENDOWMENT FOR INTERNATIONAL PEACE, Nueva York, es la entrega No. 252 de Setiembre de 1929, intitulada:

The soviet security system, by Malbone W. Graham, Jr., Prof. asociado de Ciencias Políticas de la Universidad de California, en los Angeles, U. S. A.

El empleo social de la riqueza en los EE. UU.

El solitario de Pocantic

Don Juan del Camino arremete contra los millonarios yanquis en una de sus recientes *Estampas*. Vamos a ver por qué ha perdido este señor su serenidad filosófica a extremos de pintarnos un cuadro tan sombrío y odioso de los grandes capitanes de la industria moderna; porque Don Juan es además de literato, ameno filósofo que echa a vagar su mirada mar adentro, lejos de las playas nativas. Y esto es lo más sorprendente del caso, que una mentalidad tan despierta al raciocinio como la suya, un estudioso que ha leído y meditado a Emerson, caiga, en cuanto quita la vista del triángulo blanco de la vela pescadora y la pone sobre la chimenea del barco petrolero, en tales excesos de pasión contra el industrialismo y la riqueza norte-americanos. ¿No fué acaso Emerson el profeta de esta nueva era de luchadores y conquistadores? ¿No fué acaso él quien dijo que el secreto del triunfo estaba en hacer las cosas más bien que los demás, y que si alguien inventaba una ratonera mejor que las otras el mundo vendría a buscarlo y a llamar a su puerta? ¿Cómo es posible que un lector inteligente del filósofo preconizador del esfuerzo tenga un concepto tan supersticioso de la Fortuna mezclándose a la vida de los hombres para mostrarse en todo su esplendor y tome en serio en esta edad del acero las fábulas de la edad de oro?

Si hemos de creerle a Don Juan que sus reflexiones no están poseídas de fantasía, fuerza es pensar que están dominadas de pasión. ¿De qué otro modo podría explicarse que el caso de dos muchachos degenerados de Chicago, de un Jack Shields y de un Harry Sinclair le basten para maldecir y condenar a todos los hombres que *han hecho* y *hacen* fortuna en los Estados Unidos? ¿Cómo puede Don Juan sin estar dominado por el odio, creer seriamente que estos grandes industriales surjan y triunfen sobre tantos obstáculos en la más larga y empeñosa batalla que jamás se ha librado,—una batalla que dura todos los días, cubre casi todo el haz de la tierra y ofrece tal complejidad que comparada con ella las campañas napoleónicas resultan juegos de niños,—no debido al talento, al tesón y a la disciplina de la volutad sino a las deformaciones de la miseria en que nacieron? Y aquí salta otra cosa que achacar a pasión o fantasía. La palabra miseria referente a los orígenes de un Rockefeller o de un Ford, a menos que se use como un término de comparación de la fabulosa riqueza lograda después, es un poco exagerada. Ni el uno ni el otro tuvieron comienzos realmente miserables. Digamos de paso que tal vez en ningún país tanto como en éste se ha filtrado las prosperidad hasta las últimas capas sociales. Hay pobreza, claro, pero ni tanta ni tan andrajosa y escuálida como en Europa y en otras partes del mundo. Mas, aparte de esto, ¿quiere decirnos Don Juan cómo se las arregla para cargarle las culpas de estos millonarios a la miseria y a la Fortuna al mismo tiempo? Si aquella, según él, les deformó el alma, piensa Don Juan que ésta se la echó más a perder en vez de reformársela? Explíquenos cómo operan estas influencias de la privación original y del bienestar subsiguiente, que nosotros suponíamos tan diferentes en su naturaleza y efectos, para producir el mismo resultado, y por qué cree él que estaban nuestros abuelos equivocados cuando hablaban del acicate de la necesidad, y Shakespeare cuando dijo: «sweet are the uses of adversity,» y cual motivo hay para que la riqueza engendre necesariamente sordidez y esclavitud en vez de independencia y liberalidad. Díganos si èl opina de veras que la bondad sólo reside, como pensaba Horacio de la dicha, en la *aurea mediocritas*, y si los que no la alcanzan o la sobrepasan están condenados a la perdición de sus almas. No que yo corra peligro de perder la mía, pues que tampoco corro el de volverme millonario, pero me interesan académicamente sus ideologías, y quisiera tener su punto de vista sobre el particular, pues la verdad, no sé conciliar lo que él dice con lo que aquí veo y oigo mañana y tarde.

Estos Estados Unidos, todo el mundo lo sabe por experiencia o de oídas, son famosos tanto por sus riquezas como por su generosidad. Casi no pasa día sin que se sepa de una fundación de beneficencia, o de educación, o de *research* científica, o de fines artísticos, deportivos o higiénicos. Es rara la persona adinerada que muere aquí sin dejar algo al colegio donde estudió, o al personal de la fábrica donde hizo su dinero, o al lugar de su residencia, o a la iglesia de su predilección; y muchos los que no esperan a dar las últimas boqueadas para hacer patente el amor a sus prójimos en obras que ellos mismos desean organizar y dirigir. Unicamente de Boston se necesitarían muchos libros para hacer la historia de sus benefactores, y la lista de los Storrow, Guild, Lowell, Peabody, Hemmenway, Sever, que la han embellecido y dotado de tantas instituciones útiles, resultaría interminable, y así de Cambridge o de cualquiera otra ciudad de la Unión. Las donaciones de uno solo de sus colegios bastarían a llenar un volumen. Tomemos por ejemplo una guía de Harvard, o mejor, vamos a darnos la vuelta por la Universidad ilustre. Imposible dar un paso sin recordar el nombre de alguien, alumno o profesor, que recordó a su Alma Mater con algo más que con versos: Fulano construyó este edificio a sus expensas, Zutano dotó tal cátedra, el otro regaló una colección de libros, un cuadro o una estatua valiosos y el de más allá que estaba paralítico, se consoló de su parálisis mandando hacer un *boat house* para que los muchachos fueran a remar y divertirse. La Biblioteca, que contiene un millón quinientos mil libros, es un obsequio de Mrs. Eleanor Elkins Widener en memoria de su hijo, y el Jardín Botánico, primero de todos los jardines botánicos del mundo en opinión de los entendidos, tuvo su principio en un legado de un señor Arnold. Sólo así se concibe que la modesta escuela de Teología de John Harvard haya podido transformarse en la enorme universidad que es hoy. Baste decir que en los pocos años que llevo aquí la he visto crecer en proporciones inimaginables. Al otro lado del río que se salva por medio del puente construído gracias a la generosidad de Larz Anderson, se ha levantado de la noche a la mañana, como por ensalmo, otra ciudad universitaria, la Escuela de Negocios, debida a la munificencia del financiero neoyorquino Baker.

Las anteriores son apenas unas pequeñas muestras de la sordidez del capitalismo americano. Alguna vez volveré a hablar más despacio de un Coronel Henry L. Higgison, fundador de la Orquesta Sinfónica de Boston, y de una Mrs. Jack Gardner, gran dama en la morada del Arte que, después de peregrinar por Europa, mandó a hacer bajo sus delicadas sugestiones y los consejos del gran Sargent, un bellísimo palacio estilo veneciano, lleno de la más hermosa galería de pinturas, el cual palacio es hoy uno de los museos de la ciudad de Boston.

Por todo esto pienso que cuanto dice Don Juan del Camino sobre los millonarios yankees son cuentos...... de camino, y que sus vidas no son tan trágicas como él se imagina. Contemplemos por un momento la de John D. Rockefeller a ver qué elemento de tragedia hay en ella.

Personalmente la existencia del magnate del petróleo es de lo más apacible, frugal, sobria y ordenada que pueda

imaginarse, y no sería exagerado decir que se desliza sobre un mar de aceite. Nosotros diríamos tal vez que es aburrida (por lo menos a nosotros no nos satisfaría enteramente un juego de *golf* las mañanas y un rato de órgano o prédica bautista las tardes). cualquier cosa, menos trágica. ¿Lo será acaso entonces por sus relaciones con los demás hombres, o por los cuidados o el empleo de su riqueza? No me parece tampoco. El solitario de Pocantico se halla desde hace muchos años retirado de los negocios, hasta donde puede estar, claro está, un hombre que no tiene grandes intereses intelectuales ni artísticos y mantiene todavía en su casa una línea de telégrafo directa con el Stock Exchange de Nueva York, pero retirado en el sentido de que no está preocupándose ni perdiendo sueño en hacer más dinero. Muy al contrario, de Rockefeller puede decirse que sudó hace tiempo la fiebre del oro y pudo descubrir en sí mismo las mejores razones de su existir. En la mañana y medio día de su vigor fué en busca de la fortuna (nótese que la escribimos sin mayúscula, pues que no tenemos en mente la Diosa dispensadora de dones de los antiguos, sino la terrible y humana fortuna que no se rinde sino a los más fuertes y esto tras rudo bregar.) Algunos apuntaron falta entonces a tal o cual método de lucha. Ida Tarbell, entre otros, escribió un libro para probar que los orígenes de la Standard Oil no habían sido sin pecado, y que el mundo de los negocios no era el paraíso de los justos. En aquel tiempo, además, la palabra *Trust* era una palabra ominosa y todos, aun los que no la comprendían, temblaban de miedo al sólo oírla. De veinticinco años a esta parte las cosas han cambiado, y ahora, sea porque los nervios de las gentes se tonificaran o porque los *Trust* se hayan reformado, nadie parece inquietarse por ellos y todos están de acuerdo con Rockefeller en que «una corporación centralizada es una necesidad de progreso, una cuestión pura y simplemente de eficiencia.»

Lo cierto es que el hombre de la Standard Oil no se dejó freír en su aceite, o para usar las palabras del autor de las *Estampas*, no se dejó poseer de la Fortuna (la mayúscula es de Don Juan). Oigamos lo que a este respecto dice un escritor americano: «La actitud de Rockefeller hacia el dinero recuerda la carrera de Cecil Rhodes. Los dos gozáronse francamente en el placer de adquirir, pero los dos también vinieron a considerar su dinero como un símbolo de sus hazañas. Para Cecil Rhodes el éxito en la minería significó una Sud Africa consolidada. Para Rockefeller el éxito en el campo del petróleo, una industria organizada». Del último se dice que ha empleado dos tercios de su vida en hacer dinero y uno en deshacerse de él. Su larguísima vejez no conoce otra preocupación que ésta de desprenderse de sus riquezas. Hasta la fecha lleva gastados 750.000.000 de dólares. ¿Cómo? Estableciendo colegios o dotando los ya establecidos (la Universidad de Chicago ha salido casi entera de su bolsillo, como antes la Standard Oil de su cabeza), fundando el Institute of Medical Research of New York, que mantiene hospitales y laboratorios en todas partes del globo empeñados en la intensa cruzada contra las enfermedades y la muerte que puede imaginarse.

No se nos oculta que la Filantropía tiene sus herejes en Costa Rica, que la atribuyan a estímulos de orden inferior. Vanidad de vanidades, dice nuestro Don Juan, es la vida de estos hombres. Bueno será, pues, agregar que Rockefeller no ha querido nunca recibir homenajes por lo que hace ni siquiera las gracias por lo que da, y jamás ha consentido en asistir a la inauguración de ninguna de sus beneficiosas instituciones. El hace el bien y se siente pagado haciéndolo. «Dios salve al hombre que no considera su riqueza como un depósito que invertir en provecho de la humanidad.» Tal es su máxima favorita.

No hay, pues, motivo para imaginar a este nonagenario magnífico llevando las espaldas abrumadas por la pesadumbre de sus tesoros. A. Rockefeller no lo abruma nada, ni siquiera el peso de sus noventa años, y de esto último dan fe los que le ven jugar *golf* todos los días.

En otro artículo diremos algo también de Henry Ford

Mario Sancho

Boston, 20 de setiembre de 1929.

De Octavio Jiménez a Juan del Camino

Tengo que agradecerle mucho su intervención en el recuerdo público que se ha hecho de la vida de mi abuelo. De hoy en adelante los que frente a su tumba lean la inscripción de la lápida puesta allí por la Nación, que dice: «La Patria reconocida», no podrán ya preguntarse: «Bien, ¿y qué le reconoce la Patria a este señor?» Ve Ud. que tiene méritos mi abuelo. ¿Lo sabía Ud. antes de ahora? ¿Lo sabían muchos costarricenses?

Pero, de lo que sí me resiento con Ud. es de que no haya salido a la prensa a vocear su nombre de pila. Se ha quedado en silencio y siguen creyendo los fanáticos que se me perdonó la tumba en gracia a ser yo, el nieto, Juan del Camino. Descúbrase, señor. Debe hacerlo por el propio bien suyo. A mí nada me cuesta seguir pasando por Ud. Soy lector del *Repertorio Americano* desde que esta selectísima publicación, manjar de toda la gente pensante de nuestra América, vino al mundo hace diez años. He seguido pie a pie el pensamiento que Ud. ha expresado desde estas páginas y en nada desacuerdo con él. Hace muy bien Ud. en llamar a juicio a los hombres públicos de Costa Rica. Tienen una responsabilidad histórica que es preciso exigirles siempre, y especialmente cuando no se resignan a ser «imágenes viejas, de adoración pasada», sino que pretenden aun que se les siga haciendo fiesta. Es entonces cuando hay que analizarlos, seguirles las huellas hasta comprobar si han sido unos simuladores de estadista, o si en verdad han ayudado a crear la Patria. La obra hay que hacerla serenamente como única forma de revelar la verdad. No le digo esto como consejo, sino como una deducción de la lectura del ideario que Ud. va esparciendo en sus *Estampas*. Es natural que una actitud así la juzguen irrespetuosa, irreverente y hasta petulante, cuando no de mala fe. El país ha vivido en una indiferencia muy grande y al aparecer un espíritu un tanto iconoclasta, de un iconoclastimo moderado y constructivo, los que sustentan las andas de los ídolos se ponen nerviosos y contagian al que va expuesto. Los de abajo temen perder la sombra, el de arriba seguir disfrutando del panorama que lo hace sentirse poderoso y cúspide. Toda preeminencia, y especialmente la que se impone sobre las cabezas, la defiende el hombre que la disfruta, con uñas, pies y dientes. ¿Cómo va él a permitir que tanta vida humana como tiene un pueblo, no lo acate y siga postrada a sus plantas en actitud de oír la voz oracular? Por eso cuando del redil se escapa una oveja y no se contenta con tomar el camino de los montes, sino que usa su libertad para despertar a una conciencia mejor a todo el rebaño, el ídolo se sacude con cautela primero para ver si cautiva otra vez al transfuga, con ira e impiedad después, cuando ha fracasado su táctica. Pensará Ud. que estoy dándole admoniciones. Sin embargo, lo único que hago es regocijarme con sus publicaciones y tomar de ellas ánimo para esta carta a Ud. Continúe en su tarea. Lo invito en la misma forma vehemente en que lo hace mi amigo Jorge Calzada. Si lo siguen creyendo el nieto del abuelo, ya no vendrán zurras sobre Ud., esté seguro de ello.

En estas páginas eminentes del *Repertorio Americano* nos tendremos que seguir dando cita. Tenemos mucho de afín y al buscar los dos un mismo órgano de publicidad, queda demostrado que podré ser un ayuda incondicional de Ud.

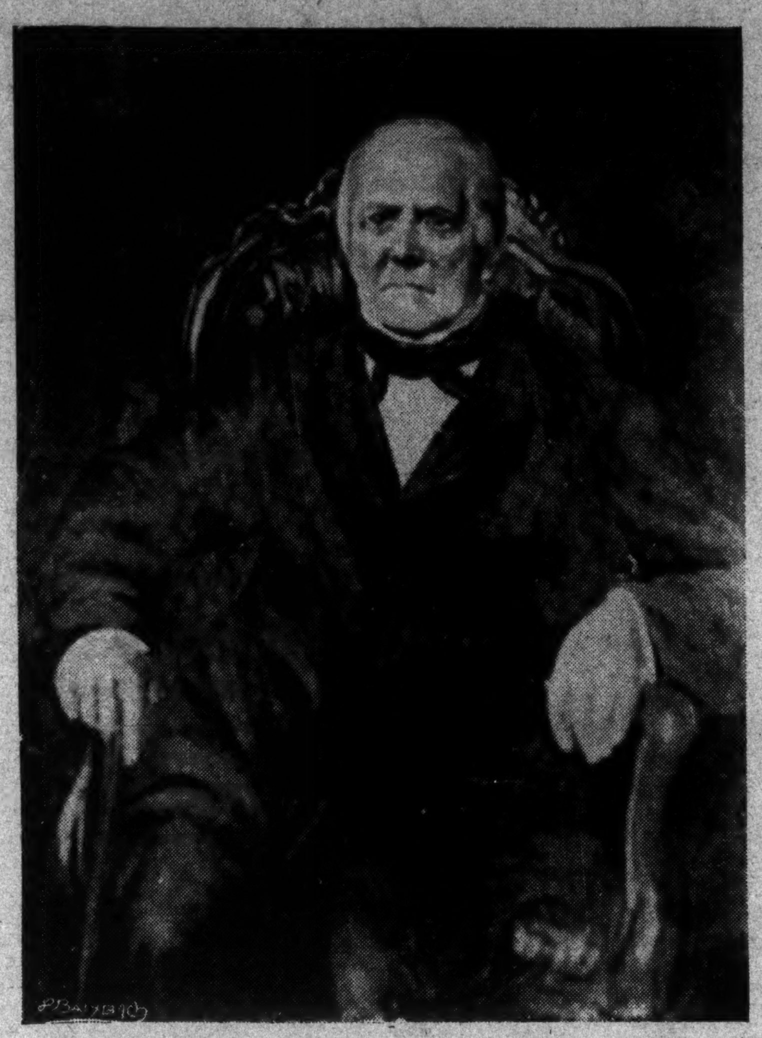
Octavio Jiménez

Homenaje a Bello en el primer centenario de su llegada a Chile (mediados de 1929)

2.—*Véase la entrega anterior.*

Elogio de don Andrés Bello

= De la *Revista Chilena*. Santiago de Chile =



Andrés Bello

Oleo de *Arturo Lamarca Bello*

Un diccionario europeo dice al comenzar la biografía de don Andrés Bello: «Político y literato chileno nacido en Caracas.» Esta definición es hoy desconcertante para los ciudadanos de estas naciones definidas, delimitadas, poseídas de un afán de distinguirse unas de otras. Pero no lo habría sido para los contemporáneos de la Independencia, porque podía bien haber nacido en Caracas el chileno Bello, como había nacido en Chile el venozolano Madariaga.

No habían adquirido aún estas repúblicas, ni se les despertó sino más tarde, el vicio de pelearse por fronteras geográficas, y no veían cuando todos luchaban por un ideal de libertad, fronteras morales entre pueblos unidos por tantos vínculos de raza, de lengua, de tradición, de aspiraciones, de historia, antiguas provincias todas de un mismo glorioso imperio español.

Chile en nada contribuyó a la formación de ese grande espíritu, al desarrollo de esta enorme personalidad única en América y en su época no superada por otra alguna de origen español y por muy pocas de cualquiera otra raza. Vino a nuestro suelo cuando ya bordeaba el medio siglo. Fué privilegio de Chile recibir todos los frutos maravillosos de este ingenio singular y tener al servicio de su progreso el suntuoso bagaje de meditaciones y experiencia, de saber y de sensibilidad, que había recogido en una vida de concentración en sí mismo, con los ojos y el entendimiento muy abiertos a todas las visiones de la realidad objetiva y a todos los vientos del espíritu, en una de las épocas más agitadas de la historia de la civilización.

Y es tal la personalidad de Bello, tan varios sus aspectos, tan extraordinaria su acción en más de ochenta años de una vida activísima, que es menester grande audacia para hablar de ella y mucha benevolencia para escuchar lo que se diga. Bello no cabe en un breve discurso de ocasión académica, se desborda por encima de los elogios convencionales, invade todos los campos del entendimiento humano y todos los de la posible actividad de un hombre en la tierra. Para hablar de Bello con autoridad fuera menester el conocimiento de las diversas ciencias, que practicó y divulgó, de la historia americana durante todo el final del siglo XVIII y más de la mitad del siglo XIX, de los movimientos filosóficos en esa larga etapa del camino de la humanidad civilizada, de las evoluciones de la literatura europea, y de la psicología compleja y poco accesible de este hombre completo si jamás los hubo.

Los chilenos nos hemos familiarizado con su nombre desde niños. Tuvimos en las manos su gramática, conocemos sus tratados de Derecho, le rendimos homenaje reverencial como autor de nuestro Código Civil, aprendimos su labor en la inspiración de la política exterior de Chile, sabemos de memoria sus versos.

Pero la sola reflexión tardía nos hace ver las proporciones de esta figura más grande mientras más se aleja, más viva mientras más desaparece el medio social en que se movió, más inmortalmente gloriosa, mientras más se alzan como montañas sus obras, su acción, su personalidad al hundirse tantas otras de su época.

Don Andrés Bello está vecino a los treinta años de la fecha heroica de 1810. Una providencia sabia lo ha suscitado como un árbitro entre dos períodos esenciales de la historia de América que luchan en desesperada batalla.

Tiene la misión de recoger del pasado todo lo que no debe morir, y de dar al futuro normas definidas para la vida del entendimiento y la realización de la justicia y del orden en las nuevas sociedades.

Sus gustos y la orientación de su cultura, honra de Venezuela, que pudo en aquellos años procrear este espíritu, lo inclinan a la filología, porque siente que en la lengua que hablamos estamos recogiendo cada día, a cada instante, la herencia de los que nos engendraron y forjando el instrumento de la civilización que viene tras de nosotros. Ha ido a buscar en las fuentes latinas y griegas, en los viejos fondos de la lengua castellana que nace con el Arcipreste y con el Cid, en el estudio comparado de las literaturas de toda la Europa, el agua pura que brota de las rocas.

Muestra desde la primera juventud una capacidad portentosa de trabajo, de esfuerzo mental, y al mismo tiempo, eclecticismo metódico que va desde las Pandectas al teatro de Calderón de la Barca, desde Anacreonte a los enciclopedistas franceses, de Horacio y Virgilio a Berceo y Garcilaso.

Sus servicios a Venezuela en cargos militares y civiles, su función de Comisario de Guerra en 1810 no le impiden iniciar los célebres estudios sobre los tiempos de la conjugación castellana, que debe proseguir durante treinta años. Y un accidente, por decirlo así, lo lleva a Inglaterra, modesto secretario de la misión de Bolívar y López Méndez, que van a buscar en la nación liberal y parlamentaria un apoyo simpático para la insurrección americana.

Este viaje decide su porvenir. Londres lo retiene. Su alma latina, enamorada de la grandeza de la Roma antigua y de sus instituciones, encuentra allí otra Roma con el sentido del derecho, con el poder y la grandeza, con un imperio colonial que se extiende por todos los continentes y las islas de todos los mares. Allí el Parlamento puede evocarle el Senado de los días gloriosos. Los monumentos milenarios, vivos, habitados, en uso diario, le dan la impresión de la inmortalidad. Y los recuerdos de la dominación romana en Gran Bretaña lo hacen sentir que aquellos trescientos años de unión con la capital del mundo antiguo han dejado en la isla algo más que restos de murallas, de carreteras y mosaicos. Londres es la Roma rediviva, centro del mundo, señora de tierras y mares, prolífica engendradora de pueblos, que pone sobre todo su amor a la libertad política y al derecho.

Bello tiene pocas necesidades materiales. Fuerte, sano, en la juventud como en la madurez y en la ancianidad, hay en él un perfecto equilibrio entre las facultades físicas e intelectuales. Se acomoda su organismo a todos los climas y su entendimiento comprende sin esfuerzo todas las formas de expresión. Pero es tan vigorosa su personalidad, que puede vivir en los medios más interesantes y más absorbentes sin que se modifique la esencia de su alma.

Esta larga residencia en Inglaterra influye hondamente en don Andrés Bello. La escuela filosófica escocesa, entonces dominante, impresiona sus meditaciones. Las bibliotecas acumuladas por ese pueblo navegante que, como el romano, se ha llevado a su tierra todo lo grande, lo rico y lo útil que encontró en el mundo, le abren tesoros. La vida británica libre, de un individualismo soberbio que estimula la personalidad, favorece su propia tendencia a la autonomía del espíritu.

Y caminando por la City, donde todas las razas se mezclan, a lo largo del Támesis que recibe barcos de la India y de América, del Africa y del Oriente remoto, en una babel de lenguas y afiebrada lucha por la riqueza, dentro de los muros del viejo Parlamento que todavía guarda como reliquia amenazante la sala en que Cromwell dispuso de la vida del monarca, mirando el manuscrito de la Magna Carta, y oyendo los nombres de los barones que la impusieron, Andrés Bello prosigue sereno su ascensión.

Para vivir enseña, y aprende así el arte de guiar las inteligencias. Y enseñando estudia,

(Pasa a la página 253)

Eugenio d'Ors

=De *Revista Mundial.* París=

Un mentís a la propia clasificación, una síntesis de «las formas que pasan» y de «las formas que vuelan». Con su físico de emperador romano, de Heliogábalo a esta parte, indudablemente *pesa.* Pesa sólida y serenamente en el jardín de la tierra y sus delicias. La frente despejada y hermosa, el gesto reposado, los ojos escrutadores, evoca, claro está, al intelectual y hasta al meditador. Pero el cogitar interior se le percibe envuelto en un aroma penetrante y fino de deleite que aparece como una voluptuosidad. Un rasgo singular, uno de esos rasgos que resaltan entre lo *regular* de los pasaportes: tiene las cejas, sedosas, muy largas, caídas a manera de velo, que dan a la mirada algo así como una irresistible coquetería femenina. Parece que «juega» con sus cejas como las coquetas con sus pestañas.

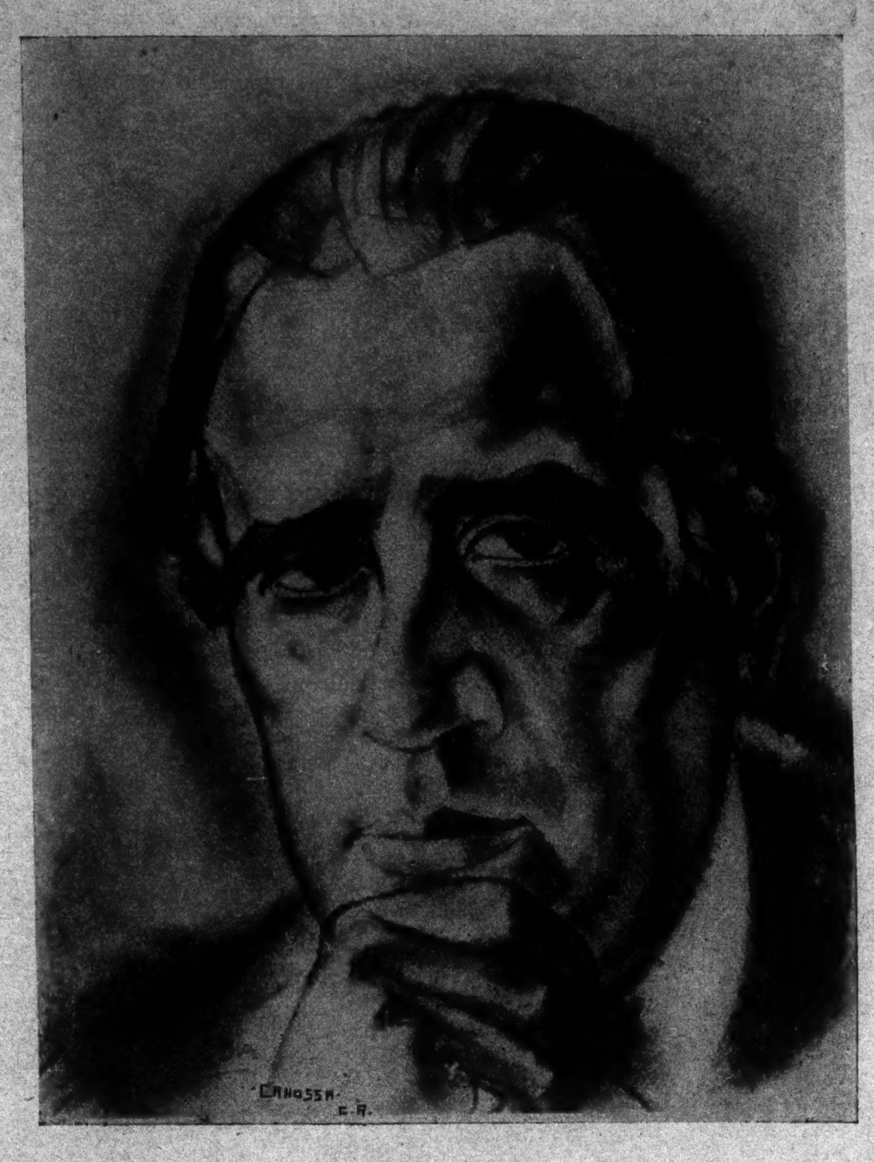
Un sí es no es de afectación y rebuscamiento en la elocución da más fuerza aún a esa impresión. No es el neto y recio hablar castellano, sino—¿será el recuerdo de la cuna cubana?—, el tierno y mimoso acento colonial.

Pero—y aquí entramos en la «verticalidad», en «las formas que vuelan»—las palabras pronunciadas con ese modo cariñoso, con esa como entonación de don Juan criollo, son palabras aladas, palabras que, así como alondras prisioneras a las que de repente se suelta, suben derecho a través del espacio, hacia la luz y el cielo. Y, en verdad, nos atrae al principio más la seducción de su gracia que lo raudo y atrevido de su vuelo. Y sólo a fuerza de seguirles las vueltas y rodeos, el ágil trenzado que van tejiendo por las regiones aéreas, es como acabamos por darnos cuenta de lo sutiles y vertiginosas que son.

Dialéctico astuto, el maestro nos coge con presteza en los lazos de su red. Y lo más sorprendente del caso es que ni siquiera se nos ocurre desasirnos y que, en el fondo de nosotros mismos, resuena algo como el eco infiel, el eco invertido del dicho famoso: «Acabarás por convencerme, aunque no me convenzáis.» Tal es la facilidad, la soltura, el oculto deleite que encierra la elocuencia «dorsiana».

Esta elocuencia a todo alcanza. Todo se lo ha anexado. Resucitando *le cadre* flexible y cómodo del *Diccionario Filosófico* de un Voltaire, d'Ors ha logrado meter todo lo visible en sus *Glosas* y también todo lo invisible. La *glosa*, él mismo se ha tomado la pena de decírnoslo, no es el ensayo, sino un compendio esencial, abreviado y sabroso, con forma más estricta y escueta, algo así como la almendra del género.

Pero la inventiva de nuestro autor no se ha limitado a la forma. Más dichoso que aquel navegante quimérico, aquel marinero en tierra, sin brújula, que no acertó jamás a divisar siquiera la ínsula tantas veces prometida a su fiel escudero, d'Ors, mediterráneo como Ulises no sólo ha descubierto varias islas desconocidas, sino hasta todo un continente, con cuyo imperio se ha alzado: todo el vasto continente del arte, al cual ha puesto el nombre de *barroco.*



Eugenio d'Ors

Retrato de Vázquez Díaz

En todo rigor, la palabra, como es sabido, ya existía. Pero nadie la había usado como él. Nadie antes que él le había dado derecho de ciudadanía, y hasta de tiranía, comprendido en ella la totalidad del fenómeno estético llamado *barroquismo* (el cual, en su origen, sólo se aplicaba a la evolución—hubo tiempos en que se decía «corrupción»—de la arquitectura, después de los períodos clásicos de los siglos XVI XVII), el compuesto de manifestaciones que le da su alcance general, su carácter de oscilación periódica en la curva incesante, que va describiendo el gusto en su ritmo vital.

Nos falta espacio para dar, aunque sea en forma de sencilla y escueta nomenclatura, una idea cabal de la actividad intelectual de Eugenio d'Ors. El papel activo, y bien se puede decirlo, decisivo, que casi al salir de la adolescencia desempeñó en Cataluña, pertenece ya a una época pretérita de su vida. Nada más normal y armonioso que el progresar suyo en el dominio intelectual y activo, hacia horizontes cada vez más amplios.

Iniciada en la «patria chica»—que en este caso es muy grande—, Cataluña, su esfera de acción abarca muy pronto la «patria grande», España; luego la «patria mayor», es decir, todo lo español de Europa y de América, aquel imperio en que «no se ponía el sol»; luego Europa, o como quien dice, el orbe íntegro del pensamiento occidental.

De modo que ha venido ese mediterráneo, que altamente se reclama de una cuna, una tradición y una cultura mediterráneas, a ensanchar, en verdad, el «mar interior», hasta «les bords mystérieux», hacia los cuales los alisios inclinaron antaño «las antenas» de los conquistadores.

Tras una serie de conferencias en la Universidad de Buenos Aires en 1921, América de nuevo llama a d'Ors, que ha de ir el próximo invierno a Cuba y luego a los Estados Unidos. Pero antes, ¡cuántas expediciones, cuántos proyectos.

Ante todo, el verano, las inminentes vacaciones: Aix-les-Bains, para hacer boca, luego Dresde, luego Salzburgo, la adorable patria de Mozart que brinda a un tiempo monte, lago y bibliotecas, es decir, cuanto necesita el artista *sintético,* sin contar la música; luego, en noviembre, un curso en las universidades alemanas: Leipzig, Marburgo, Berlín, Hamburgo.

Entre tanto, los trabajos urgentes, empezados, en vía de realización, como la publicación de sus ***Obras Completas,*** al ritmo de cuatro volúmenes por año, el primero, *Cuando yo esté tranquilo,* por salir en octubre; un estudio sobre la escultura española desde el siglo XVI hasta el XVIII, *Santos de palo,* esbozado en las conferencias de la pasada primavera en l'Ecole du Louvre y que ha de desarrollar una tesis imprevista, la de que ese arte considerado hasta aquí como propia y típicamente español nació, en realidad, de un cruce de influencias borgoñas y portuguesas; luego, para una editorial inglesa, una nueva biografía sobre los Reyes Católicos, destinada, en el pensamiento del autor, a formar algo así como un tríptico, con la *Vida de Goya* y la *Vida de Sócrates,* estas dos últimas mostrando al hombre, en cierto modo duplicado, por una inserción demoniaca, el primero, angélica, el segundo, mientras que en el caso de Fernando de Aragón, el hombre privado va duplicado por el *político,* el monarca. Una filosofía general de la personalidad serviría de enlace y de articulación a esos diferentes estudios cuyas primicias ha tenido ocasión de saborear el auditorio del Palais des Beaux-Arts de Bruselas, en la conferencia que dio allí el autor, en la primavera pasada, bajo el título de *Le Secret de la Biographie,* y al cual integraría buen número de artículos ya publicados sobre el retrato, la grafología, el espejo, la rúbrica, las máscaras, los pseudónimos, etc.

A esa labor propiamente creadora hay que añadir la grave responsabilidad, por cuenta de una importante editorial de Madrid, de dos direcciones, la de una gran colección filosófica que ha de comprender textos de los maestros del pensamiento contemporáneo y se iniciará con la *Introducción a la Filología* de Karl Vossler y, por otra parte, la de una pequeña colección ilustrada de monografías de arte, de autores españoles y extranjeros, entre las cuales el maestro ha reservado para sí las de Cézanne,

Gauguin y Suerat, amén de un tratadillo general del barroco.

En el curso de los últimos años los problemas de la filosofía han vuelto a solicitar la atención del autor de *Religio est Libertas*. *De la Existencia y Asistencia de los Angeles*, tal es el tema que se propo e desarrollar en sus conferencias de Alemania, primero, y luego Cuba y Estados Unidos.

—¿De modo que ya a París no le queda sino renunciar a su presencia de Ud.?

Las largas cejas palpitan dos veces o tres, como alas de ave que va a posarse.

—¡Renunciar a París! ¡Qué ocurrencia! ¿Y la publicación, en casa de Delagrave, de la versión francesa de mis obras? ¿Y mis trabajos en el Instituto de Cooperación Intelectual?

El interlocutor baja la voz, y en tono de confidencia apasionada:

—Ese es objeto de grandes preocupaciones para mí. Sí, los destinos del Instituto me están desvelando... Se los siente en un recodo o si se quiere, en una encrucijada. Dos vías se ofrecen hacia el porvenir, y de cómo el Instituto se encamine depende el que llegue a ser algo así como el ensueño milagrosamente realizado de los mejores espíritus de todos los tiempos, el *Universale Collegium* de Comenius y de Leibniz, o que quede reducido a una simple oficina más, a uno de aquell s organismos atestados de buenas intenciones y que se encargan de pavimentar los caminos del infierno.

Y luego queda todavía—otra vez las largas cejas velan una sonrisa ambigua, una sonrisa a la vez tentadora y tentada—, queda todavía... París, su movimiento artístico, apasionante por su variedad, abundancia y sentido—¡sí, de sentido también!—, el espíritu de esta ciudad a la cual tanto debo en lo tocante a mi orientación y a mis preferencias y al cual, bien lo sabe usted, me mantengo gustosamente fiel; una calidad de atención a las cosas del espíritu, más fina que en otra parte, y por fin... Pero, ¿a qué enumerarse a sí mismo los motivos de la propia predilección, cuando el mero abandonarse a ella es tan delicioso?...

Vamos, pienso para mis adentros, ya «asomaste la oreja»: qué bien se reconoce, sabio moderno, que no nació tu filosofía entre las brumas de los cimerianos, sino en los bordes afortunados del mar en que predominaba el canto de las sirenas!

Matilde Pomès

Dos poemas proletarios para los compañeros de Vitarte

—De *Amauta*. Lima—

Palabra de esperanza

Nunca es completa la alegría para el pobre
como nos la dan de prestado,
ni el amor es completo, compañeros,
porque se amarga con la falta de todo.

El hombre quiere ser feliz,
nosotros luchamos por alcanzar días mejores
¿Quién nos ha dicho que están detrás de este [dolor,
de esta miseria, como una aurora nueva?

Sin embargo
sobre la tierra hay alegría
no puede ser que el Sol alumbre
sólo nuestra miseria proletaria
en las vitrinas de la ciudad hay flores
y los cines so ríen con sus letreros luminosos
pero nada de eso
disfrutamos nosotros.

¿Y aquellas casas de los ricos
donde todo es tan bello
y tan limpio
que dan ganas de andar sin zapatos?

Alguien nos dice que tenemos derecho
que la vida es igual para todos los hombres
pero sobre la tierra lo que existe
es la riqueza para unos y la miseria
para nosotros.

Esas pobres mujeres
que se quejan todos los días con las mismas palabras
y no saben por qué
mientras para los hombres
asesinados de deseos
sólo queda el alcohol
para olvidar y embrutecernos.

¿Y esos niños, los niños,
los hijos nuestros que no saben por qué es así [la vida?
flacos, con sus ojitos llenos de deseos
y sus manos tendidas
siempre pidiéndonos
y sin poderles dar!

Esto no puede ser así.

Luchemos, compañeros,
porque mañana esos hijos nuestros
no nos maldigan
o tal vez lloren sobre nuestro recuerdo
porque no les supimos conquistar
su derecho a la vida.

El hijo

Así —crucificada por la Vida
amaneció una mañana—

Era el alba del hogar proletario
y sus ojos alegres
desconocían las miradas amargas.

Trajes burdos
envolvían su cuerpo de mujer trabajadora
deletreando su belleza
inquietante a las miradas del amo.

Cómo es triste un hogar pobre
donde todo nos falta
hasta la luz
que penetra tímidamente
por las ventanas sucias.
Pero de tanto verlo
ella no lo advertía.

Sus hermanitos la besaban
y le tiraban los cabellos,
pero ella estaba siempre alegre
¡la vida era tan nueva!

Sus 15 años eran 15 alegrías
rotundas —desafiadoras de la miseria—
la madre la miraba
con su dolor cuajado en las pupilas
de frío y permanente
ya no era dolor.

Todos los días
en el taller implacable
suspiraba por el sol que empapaba
el camino.

Los telares isócronos
que absorbían su vida
no lograban llevársela
en la porción de fuerzas diarias
la tarde era cansancio
pero tan lleno de esperanzas
que al alba siguiente
estaba plena de salud.

El Sol —el Sol—
a lo lejos, el rumor de la ciudad
tentándola con sus promesas desconocidas
que recorrían su cuerpo en un temblor,
la ciudad,
¡cómo es de extraña la ciudad
para los ojos de los pobres!

La ciudad con sus cines y sus carteles
iluminados —siempre de fiesta—
donde todo cuesta porque todo se vende
y los pobres nada tenemos que comprar.

Una mañana
amaneció con el hijo en los brazos.

En vano lo envolvió con su sangre
y con la noche
el gran sudario de los pobres.
Estaba allí
pequeño, triturado, llorándole.
Ese fruto moreno
de sus 15 años de alegría.

Cuando la luz entró, muy vaga,
como entra en las casas pobres
donde no se sabe cuando ha amanecido,
la encontró mirándose, profundamente,
hacia adentro.

Era tan nuevo —tan nuevo—
¡el primer hijo de la obrera!

La voz imperativa de la fábrica
le gritó—la mañana se desplomaba
triste, para todos los que dan
el triple del esfuerzo.—

Ella seguía mirando —con los
anchos ojos fijos en sus ropas
desgarradas— en la sucia miseria de los pobres.

Los pequeños hermanos haraposos
la madre indiferente,
y el hijo que lloraba
como la única protesta.

La miseria nos pesa
como un pecado irreparable.

Desde entonces
por la herida de su vientre
la que perfiló su cara
y transformó su cuerpo
con las líneas de la maternidad
y le trajo el presente
del hijo
una alegría nueva —también desconocida
amaneció en su vida.—
una alegría sorda.

No era el sol pleno sobre el campo
no eran sus 15 años como 15 canciones populares.
Era algo ardiente —doloroso
que se clavaba en ella
como una espina honda,
pero así dulce porque era suyo.

¡El hijo!
al que acechaba de todos los rincones
la miseria y el hambre, como a los
hermanitos.

Una aurora distinta
había amanecido.

Para él quería el sol
y los caminos—y la tierra
y el pan sin trabas
y todo lo que nunca poseemos los pobres.

Toda vaciada en él, ya no sería ella—
la vida que quedaba hacia adelante
se la debía ahora
al pequeño sin nombre.

¡Cómo había cambiado la expresión de las [cosas!
que se volvían duras y agresivas,
nuevas también.

Y entonces sí miró el dolor de la lucha
la diaria angustia de la fábrica ruda
que nunca da bastante para saciar el hambre.

Tenía el pecho henchido de sangre y de [congoja
y una fiereza amarga
la acariciaba toda—
dándole ímpetus nuevos.

Él era su bandera
contra su pecho lo defendería!

Por él que conoció las lágrimos
creció en su corazón de obrera
la *rebeldía!*—

Magda Portal

Los grandes problemas centroamericanos

Nota del Editor: Entre los problemas centroamericanos, uno de los más graves es el actual conflicto de límites entre Guatemala y Honduras. El Dr. ***A. Skinner Klee,*** Ministro Plenipotenciario de Guatemala en Costa Rica, nos ha dado, para su publicación, el siguiente artículo:

I

Guatemala y Honduras son dos países de la América Central que con El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Chiapas formaron, durante el Gobierno Colonial de España, la Capitanía General de Guatemala.

El 15 de Setiembre de 1821 las provincias proclamaron su independencia y constituyeron una República Federal, a excepción de Chiapas que se adhirió a México, tomando el nombre de ***Provincias Unidas del Centro de América.***

En 1824, después de una efímera anexión al imperio mexicano de Iturbide, las provincias decretaron su constitución política, bajo la denominación de ***República Federal de Centro América.***

Cada provincia había conservado el mismo territorio que tenía durante el régimen colonial, sin que una demarcación política hubiera señalado las fronteras territoriales entre cada provincia que se intitulaba ***Estado.***

Entre Guatemala y Honduras nunca había habido motivo de rozamientos por causa de la frontera, porque las regiones fronterizas eran sumamente despobladas y no había oportunidad de que chocaran los intereses privados y porque siendo Estados integrantes de un mismo país, carecía de importancia la cuestión de fronteras.

En 1840 fue disuelto el pacto federal que unía a los cinco Estados y, entonces, comenzó a plantearse el problema de límites territoriales, acentuándose cada día, con los intereses particulares puestos en choque.

La frontera respetada y reconocida era la cadena de montañas que corre de S. O. a N. E., llamada montañas de Copán o sierra de Merendón, Gallinero, Grita, Espíritu Santo y Omoa, conforme toma desarrollo en las diversas regiones que atraviesa.

Esta cordillera separa en su trayecto dos grandes valles por donde corren dos caudalosos ríos navegables; el Motagua que nace en el centro de la República de Guatemala y después de un prolongado curso con dirección Noreste, va a desaguar en el Océano Atlántico; y el Chamelecón que nace en las faldas orientales de las montañas de El Gallinero y después de correr paralelamente a la cordillera, siempre hacia el N. E., va a desaguar al Este de Puerto Cortés, antiguo Puerto Caballos.

Las dos vertientes que forma esta gran cordillera son importantísimas, porque de cada una de ellas bajan muchos pequeños ríos que van al Motagua los de la vertiente Occidental y al Chamelecón los de la Oriental. Esos dos amplísimos valles separados naturalmente por la cordillera, fueron poco poblados y poco conocidos durante el régimen español y en los primeros años después de la independencia; en el valle del Chamelecón había más poblados, siendo los principales San Pedro Sula y Puerto Cortés, regidos por autoridades de Honduras; el valle de Motagua contaba con el puerto fluvial de Gualán sobre el río Motagua y las poblaciones de Los Amates, Quiriguá, Los Encuentros, El Cinchado, Chachagualía, La Manga, La Libertad, Cacao, Las Animas y algunos más. Grandes extensiones de tierras baldías conservaban sus bosques seculares e impenetrables y aunque el Gobierno de Guatemala había hecho liberales concesiones a compañías colonizadoras para que ocuparan aquellas feracísimas tierras, nunca pudo llegarse a desarrollar una población densa de importancia, no obstante los ensayos de una Compañía Inglesa y otra Belga que llevaron allá sus actividades y sus optimismos para laborar en tierras de América.

En 1825 el Estado de Guatemala celebró contrato de colonización de la zona Norte atlántica con los señores William Adams y Patricio Ateque, habiendo aprobado el contrato la Asamblea Constituyente del Estado; y en 1834 el Jefe del Estado Doctor Mariano Gálvez, celebró nuevo contrato con los señores Marcial Bennet y don Carlos Antonio Meany para colonizar extensas zonas en los Departamentos de Totonicapán y Chiquimula. La sección concedida en este último departamento comprendía una faja de cinco leguas de ancho al Este y a todo el largo del Motagua, desde el mar hasta el río Managua, afluente del Motagua.

Nunca el Estado de Honduras durante la federación ni la República, después de roto el pacto federal en 1840, reclamaron de Guatemala la soberanía irrestricta que siempre ejerció en el valle de Motagua hasta las alturas de la cordillera. Al contrario, sus propias autoridades y aún sus Presidentes reconocieron la tranquila y pacífica posesión de Guatemala en la región de Motagua, solicitando concesiones mineras del Gobierno de Guatemala hacia la ribera oriental del río, como aconteció con el ex-Presidente de Honduras, General Bográn.

En las escuelas de Honduras se enseñaba como frontera entre los dos países la cordillera del Merendón y los mapas de Honduras publicados oficialmente por sus Gobiernos mar-



caban la línea divisoria sobre la cumbre de las montañas, como lo demuestran los mapas de Squier y Byrne.

Una compañía norteamericana, alentada por la feracidad de las tierras, obtuvo concesiones de Honduras en 1905 sobre los terrenos llamados de Cuyamel, al oeste de Omoa, y con el propósito de extender hacia territorio guatemalteco las siembras de bananos y el ferrocarril, que se tendía para la mejor explotación de la fruta, se presentó al Gobierno de Guatemala Mr. Shoyer, apoderado de la Cuyamel Fruit Company, en solicitud de concesiones de carácter agrícola y ferrocarrileras. No habiendo sido otorgadas las concesiones solicitadas, acudió a Honduras el señor Zamurray, Presidente de la Compañía, a proponer al Gobierno de aquel país que le otorgara, en concesiones amplias, las tierras hacia el Motagua, es decir, en territorio guatemalteco, con lo que Honduras adquiría por medio de la dicha compañía filibustera una extensión territorial con que jamás había soñado ni nunca pretendido.

La concesión fué otorgada por Honduras con límite hasta el Motagua; y la Compañía Norteamericana avanzó su ferrocarril en tierras plenamente de Guatemala, gozando de protecciones y de inmunidades que han venido a constituirla en un poder político incontrastable, en una variedad de la histórica *Compañía de Indias*.

Guatemala protestó contra el avance y rechazó con fuerzas militares la usurpación; pero algo más fuerte que las escoltas hondureñas impidió que Guatemala defendiera su territorio, hollado por una compañía norteamericana, y así pudo el Gobierno de Honduras entrar a poseer de hecho, contra las protestas guatemaltecas, una gran parte del valle del bajo Motagua, quedando planteada la actual contienda de límites que cada día se agrava por las circunstancias peculiares que la rodean, soplando el fuego de los resentimientos la Compañía interesada en dividir pueblos hermanos para su más lucrativo beneficio.

II

Disuelto el pacto federal entre las cinco secciones centroamericanas, cada Estado se constituyó en República independiente, asumiendo la plenitud de la soberanía; y los intereses económicos fueron caracterizando las tendencias que concretaban las aspiraciones de las nuevas nacionalidades.

No había habido ninguna demarcación política ni administrativa que delimitara la jurisdicción de los antiguos Estados; y la indefinición de fronteras causaba conflictos entre los pobladores de los lugares comarcanos y fronterizos.

Por tales razones, los Gobiernos de Guatemala y Honduras celebraron un tratado en 1845, cuyo artículo 13 dispuso que serían reconocidos como límites entre los Estados los señalados por las diócesis de ambos, en la real Ordenanza de Intendentes de 1786 y que para fijar la frontera los dos Estados nombrarían comisionados que la localizaran sobre el terreno.

En 1847 se reunieron en la ciudad de Ocotepeque los representantes de Guatemala y Honduras a fin de señalar la línea divisoria, buscando para ello el límite de las jurisdicciones de los obispados; mas los comisionados de Honduras se retiraron haciendo frustrar la tarea de la fijación de fronteras porque, según lo manifestaron en el acta seis (6) de las conferencias, la línea que resultaba «era muy perjudicial al Estado de Honduras».

Otras tentativas ha hecho el Gobierno de Guatemala para llegar a una demarcación racional y justa de la línea de separación jurisdiccional; pero siempre se han atravesado dificultades diversas y esas dificultades hoy se agravan porque lo que al principio era cuestión de fronteras se ha convertido hoy en una cuestión de expansión territorial y de conquista.

El medio de penetración de que se ha valido Honduras es conceder a compañías norteamericanas grandes extensiones de tierras avanzando hacia el río Motagua, en pleno suelo guatemalteco; y esas compañías se han encargado del avance, ampliando cada día sus cultivos de bananos, prolongando sus ferrocarriles industriales y acrecentando así, en beneficio de Honduras, el dominio inmanente y en provecho de la compañía el usufructo.

Esta forma de conquista filibustera tiene respaldos que los pueblos pequeños no pueden contrarrestar: contra la protesta están los nuevos avances; contra el derecho está el hecho de la posesión violenta pero positiva.

En 1928 una nueva invasión sobre el puerto fluvial de Chachagualía en el río Motagua provocó la protesta armada de Guatemala y desalojó de intrusos el lugar abusivamente ocupado. Esos intrusos eran empleados de la compañía norteamericana, que llevaban como protección aparente un resguardo de soldados hondureños.

El Gobierno de los Estados Unidos ofreció su amistosa mediación a los Gobiernos contendientes, habiéndose celebrado una serie de conferencias en Cuyamel, por representantes de ambos Estados, presididos por el Excelentísimo señor Roy T. Davis, Ministro Americano en Costa Rica; pero esta vez, lo mismo que las que le han antecedido, nada pudo obtenerse en beneficio de un arreglo final, por las resistencias hondureñas, inmotivadas e injustas.

Las sesiones se celebraban en Cuyamel, sede de la Compañía extranjera interesada en la usurpación de las tierras de Guatemala.

Los Comisionados de Guatemala propusieron señalar la frontera sobre las cumbres de la cordillera del Merendón, porque era la frontera tradicional, porque es una muralla natural que separa geográficamente los dos países, porque Honduras nada pierde, careciendo en el valle de intereses económicos y comerciales: no hay ni un solo poblado hondureño, ni un solo palmo de tierra cultivada por hondureños, ni un camino, ni una escuela, ni una modesta habitación... En cambio, los Comisionados de Honduras pedían la fijación en el río Motagua, con lo que pasarían a poder de ese país setenta y una finca de bananos cultivadas por guatemaltecos y tituladas bajo la soberanía de Guatemala desde hace muchos años; y además, quedaría bloqueado el comercio guatemalteco hecho por el río, estando a merced de Honduras paralizarlo, entorpecerlo o destruirlo. La seguridad estratégica de Guatemala quedaría igualmente sin defensa y al arbitrio de cualquiera dictadura hondureña. El río Motagua nace en el centro de la República de Guatemala, es navegable en más de cuarenta leguas de su curso; canalizado en el futuro representará el alma vital guatemalteca.

Fué tal el peso de las razones expuestas por los Comisionados de Guatemala contra las pretensiones hondureñas, que el mediador no pudo decidir lo que se esperaba: la fijación de la frontera en el río Motagua.

DESARROLLAR plenamente un ideal, es ya muestra suficiente de superioridad; desarrollarlo en América, es ya muestra de doble superioridad. Porque esta América tan pujante en su pródiga naturaleza, si bien es fecunda en su maravillosa flora, bien estéril lo es en forjar hombres cabales; de firmeza y de luz: con la irreductible aceración química de la roca, y con la diafanidad bella del cristal.

Palabreros hay en América, ambiciosos de mala calaña hay en América, burladores de ideales hay en América. Pero hombres verdaderos, cuán difícil es hallarlos; y si se les encuentra con la luz del sol, a medio día hemos de contemplarlos la mayoría de las veces: en el calvario.

El *Repertorio Americano*

Países estos de continuos incendios debastadores donde sólo tiene precio la ceniza de la arcilla que queda de la pavesa destruida, de continuos incendios debastadores que no respetan ni la frescura del retoño joven, ni el adusto tallo venerable de la centenaria *bombax ceiba*, la vegetación reina, de nuestros bosques.

La ceniza de la arcilla tiene precio y muy alto en veces, no así la roca, porque ésta no se funde, a no ser en el diamantino crisol de sus valores excelsos; no así la luz del cristal, que irradia desde lejos sus esplendentes auroras.

Luceros de primera magnitud por su brillantez tutelar, a la buena madre América: Sarmiento, Bello, Martí..., y más consagrados.

***

Yo no quiero hablar bien de Joaquín García Monge, el director de la revista el *Repertorio Americano*, de cultura hispánica; porque yo no soy adulador. Quédese para otros el decir: que se le levante una estatua muy alta con una tijera enorme en las manos. Porque esa tijera *es bendita*, sobre todo «sin subrayar», cuando me recorta a mí por un año seguido. No pertenezco a esos adocenados vividores de la bondad ajena.

Pero yo sí quiero hablar muy bien de la personalidad de nuestro querido amigo y maestro Joaquín García Monge.

Su revista cumple un elevado fin cultural en América y España. Su revista es ya universal, podría decirse, sin exageraciones. Visita continuamente a todos los artistas y pensadores del mundo; reproduce, en general, con sabia dirección de armonía y belleza e interés, el producto mental de un sin número de colaboradores: viejos, modernos, y espontáneos...

Tengo el vicio de leer el *Repertorio*, es mi plato intelectual favorito, en la comida semanal de la Biblioteca.

Como no hay obra perfecta, así el *Repertorio* también tiene sus defectos.

Don Joaquín es muy modesto, y eso, a mi modo de ver, es malo. En cambio, el *Repertorio* a veces aparece con asomos vanidosos, como el elogio citado anteriormente que a más de ser mediocre, perjudica. (Aunque yo no sé las *inocentes intenciones* de los señores Pijoán, y Compañía...)

De cuando en vez es necesario el EDITORIAL. Sobre todo en una revista que orienta la conciencia de América. Don Joaquín tiene pluma maestra, culminante, en su tribuna de escritor. Cuando se envió a la Liga de las Naciones la propuesta de Costa Rica, de que dieran una definición interpretativa de la Doctrina de Monroe, don Joaquín dió su opinión en *La Tribuna* de San José, habiendo podido bien, ser firmada por un gran estadista continental; reveló ahí una honda comprensión del problema de América. Como a él se lo manifesté: ese artículo en combinación de otro del Licenciado Alvarez Melgar, publicado en esos días, pudo haber servido como encabezamiento a una encuesta sobre el tema. Las ideas desarrolladas por el Licenciado Alvarez Melgar y complementadas con las expuestas por don Joaquín, llevadas a la realidad, hubieran forjado la verdadera defensa de Hispano América.

Pero ni una, ni otra, se publicó en el *Repertorio*. Por modestia se guardó silencio o por creerlas extemporáneas ya... ¿por qué?

En su jardín florido de la Biblioteca Nacional, hace como la abeja, labora y labora eternamente; digna de encomio es la distribución que da al tiempo, en pro de la juventud.

***

Algunos hemos notado otro defecto de la revista; no todo trabajo tiene lugar.... muchos escritores que refutan a los de campanillas, se quedan esperando sus publicaciones..., y nada. Ellas duermen en su capasta.

La excusa tiene su importancia: hay tanto material de todas partes, que ahí, vamos escogiendo poco a poco; hay que tener paciencia, ¿por qué esa precisa de ver la letra de molde? Hay tantas cosas que hacer... y que publicar. Y en verdad se necesitarían muchos *Repertorios*, o un apéndice voluminoso para darle cauce a tanta idea adquirida u original por publicarse; que se comprende, resulta embarazosa la dirección de la Revista.

Todo lo apuntado es subsanable. Por eso lo decimos. Comprendemos los obstáculos. El *Repertorio* no está en manos de una empresa comercial. No dispone de los grandes recursos económicos de que dispondría en una gran capital, como Buenos Aires o México, o el mismo San José, de ser la capital de la Federación Centroamericana. El *Repertorio* tiene que amoldarse al medio, tiene que estar estrechado mientras logra crecer o desarrollarse dentro del patrio solar.

Mantenerlo a esa altura y con esa constancia ejemplar, es para mí la gran lección que nos da don Joaquín García Monge.

De él podría decirse con toda propiedad lo que Banville dijo de Gautier: «Era de aquellos que, bajo todos los regímenes, son necesaria e invenciblemente libres: cumplía su obra con desdeñosa altivez y con la firme resignación de un Dios desterrado.»

Manuel Zúñiga Pallais.

Liberia, 8 de Setiembre de 1929.

Homenaje a Bello en su primer centenario...

(Viene de la página 248)

ante todo su lengua castellana que es como un objeto precioso cuyas bellezas defiende, cuyos orígenes busca, cuya estructura desea aún pulir y perfeccionar de acuerdo con los tiempos y las nuevas ideologías. Y después estudia el Derecho, los sistemas políticos, los regímenes administrativos del Estado, la sociología, las reglas que las naciones van dictando para hacer más humano y fácil el trato entre los pueblos. Desde aquella altura todo se ve en amplitud, en grandeza de extensión. Y Bello respira ese aire que le trae emanaciones de todas las culturas antiguas y modernas para robustecer la suya propia ya definida, individualizada, estrictamente personal. Allí se hace el venezolano un grande humanista, que ama y conoce las letras humanas, toda la ciencia de su tiempo, las artes puras y de inmediata utilidad, las que elevan el entendimiento a regiones suprasensibles y aquellas cuya aplicación puede hacer más fácil y grata la existencia del hombre. Y siempre en un equilibrio pasmoso, Bello no cae en el utilitarismo absoluto, que en su tiempo invade las escuelas, ni se pierde en las nieblas de un simple idealismo trascendental. En medio de influencias que estudia, que discute consigo mismo, que juzga y escudriña, permanece robusto, sano, independiente, defendida su personalidad y su propio juicio por un gran vigor de doctrina.

Se produce el milagro del hijo de la «Virgen del mundo, América inocente», nacido al borde de la selva tropical y frente al llano infinito, crecido entre el fragor de batallas y el horror de la guerra civil, que trae a Chile, a la Ultima Thule americana, la civilización europea más alta asimilada por un espíritu fuerte, que ha pensado mucho en los destinos del mundo nuevo en que nació.

Era tiempo de que llegara a Chile. La nación pobre y esforzada terminaba el proceso doloroso, por suerte más corto que el de otras hermanas, de la expulsión del virus de la revuelta.

Llegaba Portales a imponer silencio a la anarquía. Un trabajo sordo preparaba la organización constitucional y el régimen de libertad en el orden. Cuando en 1829 don Andrés Bello desembarcó en Valparaíso en un bergantín inglés, había fuerzas en Chile que estaban despejando el campo de los escombros de las revoluciones para que el gran venezolano ayudara a construir la nueva nacionalidad y le diera un espíritu culto, refinado, con amor a las ciencias y las letras, con un sentido del derecho y la legalidad.

Han pasado 48 años de su vida, pero quedan todavía 36 en el libro en que Dios había escrito el destino de este hombre. Y este largo período es todo para la nueva patria, para Chile, para su educación, su cultura literaria y científica, su vida política y sus relaciones con los otros pueblos.

Apenas no es posible imaginar lo que ese pasajero del bergantín *Grecian* procedente de Londres, significa en la historia de Chile desde el día en que se varó en la playa de Valparaíso la chalupa fletera que lo desembarcaba. Pero se puede afirmar que sin él no es concebible el progreso de nuestra patria en el siglo XIX y eliminada por un esfuerzo de imaginación su obra enorme, sentimos que el desarrollo de la República se retrasa de muchos años y sólo con dificultad logra alcanzar la madurez.

¿Qué no ha hecho Bello en Chile en el orden intelectual, político y social, jurídico y literario? Toma al llegar la dirección de un periódico en cuyas páginas siembra la semilla de la cultura europea. Funda un colegio en que por primera vez se enseña en Chile el Derecho Romano, las humanidades basadas en el griego y el latín, la ciencia política y el Derecho Internacional. Nace de allí la Universidad de Chile y el sabio venezolano ocupa el cargo de Rector y llega a ser el mentor, el guía, el inspirador de la educación pública y privada. Publica sus poesías de juventud y escribe nuevos poemas: traduce a Víctor Hugo, o para ser más exactos, vierte en un vaso castellano rico, majestuoso, con sabor castizo, el vino espumante y embriagador de los románticos. Da a luz su Gramática Castellana cuyas novedades audaces fundadas en un pensamiento mucho más filosófico y en una lógica mucho más evidente que las rutinas de sus contemporáneos españoles no alcanzaron ni podían alcanzar la difusión que merecían. Publica un Tratado de Derecho Internacional y una Teoría del Entendimiento en que la escuela escocesa ha tomado parte principal al fijar los criterios de verdad. Somete el Poema del Cid a un trabajo crítico no igualado hasta entonces por escritor alguno. Hace la crítica de los libros nuevos de diversas lenguas y fija normas para los jóvenes literatos que están formándose a su lado. Investiga los orígenes de la novela de caballería y determina las relaciones entre la poesía germánica y la de origen latino.

Pero hay dos monumentos que don Andrés Bello se erigió a sí mismo en el camino que conduce a la nación chilena hacia el cumplimiento de los designios providenciales. El primero es el Código Civil, que ha redactado y ha inspirado a la luz del napoleónico y con el espíritu romano que necesita claridad, precisión y medida. Bello dió a Chile en el Código la columna vertebral de su existencia civil con raíces que penetran profundas en la sabiduría de los siglos y que a un tiempo revelan observación del carácter, de las costumbres, de la tradición. Todas las relaciones entre los individuos y de éstos con la colectividad quedaron allí sujetas a normas prudentes y previsoras. Y es acaso el mérito más evidente de esta obra su redacción tan clara, tan precisa, tan imposible de torcer en interpretaciones antojadizas, que resulta como un bronce inflexible resistente a la acción corrosiva de la malicia humana y el oleaje del tiempo.

Don Andrés Bello multiplicando sus actividades en forma que hoy parece imposible para

un solo hombre, para una sola vida más allá de los cincuenta años, o sea en la vejez, fué por largo tiempo Subsecretario de Relaciones Exteriores. Allí construyó el otro monumento perdurable de sus servicios a Chile. Se sabe hoy que fué el inspirador muchas veces y siempre el colaborador de la política externa de nuestro país. Y fué por cierto, el que dió a esa política su forma. La inspiración tenía un acento americanista, no en el lirismo hueco que después se ha empleado en ésta tendencia, sino en el buen sentido, en el conocimiento de las analogías entre los países del continente y de sus diferencias esenciales, en el estudio de sus intereses divergentes y de los que son armónicos, en un idealismo, en suma, basado sobre realidades y posibilidades. Y luego la forma nobilísima de toda nuestra documentación de entonces: lenguaje claro y correcto, gran dignidad sobria y sencilla, tono de nación pequeña y pobre, pero soberana y consciente de sus derechos, elegancia clásica y distinción de raza. Allí probó Bello, como en su labor en el Senado, menos visible porque la agitación partidista no le interesaba, sus grandes cualidades de político en el sentido más alto de la palabra.

Y es que el entendimiento de Bello no era libresco, sino de aplicación práctica, no se alimentaba sólo de doctrinas y opiniones, aprendidas en autores venerubles, sino de la vida y de sus afanes, de la lucha y de sus dolores, de la ambiciosa aspiración del progreso de un pueblo joven y de sus triunfos y reveses.

No. Este erudito investigador de filología y jurista sapientísimo, este maestro de Gramática y filósofo, era una personalidad humana completa, cálida de vida generosa, con sangre abundante en las venas, con pasiones y sentimientos. Nada había en él seco y rígido. Todo vibraba con los sones del mundo exterior, todo bullía dentro de su temperamento fuerte y rico con humanidad entera.

Siempre renovado espiritualmente y con un organismo que había vivido en un ritmo normal, potente y generoso, don Andrés Bello no envejecía ni en el entendimiento ni en el poder de trabajo y producción.

Todas sus facultades matrices, así físicas como intelectuales, se convervaron hasta edad muy avanzada. No tuvo decadencias, no ofreció el espectáculo de un crepúsculo mental o una ruina física.

Es difícil penetrar en su psicología íntima. Nuestros grandes hombres resultan de ordinario acartonados porque los descendientes, con una estrecha concepción de estas personalidades superiores, se niegan a publicar sus cartas o a dejar que de cualquier modo se penetre en el santuario de la vida íntima, único que puede revelar al individuo completo. Sabemos de los héroes y los escritores, de los artistas y los políticos, sus obras, sus escritos, sus hechos externos. Un pudor de tribu que defiende la herencia vela todo lo demás.

Sólo cuando algún día se recojan y publiquen las cartas de don Andrés Bello sabremos un poco más de lo que hoy adivinamos, de sus pasiones, de sus amores y sus repugnancias, de sus gustos individuales, de su sensibilidad apenas asomada ahora a algunas de sus poesías.

Tenía, sin duda, un profundo sentimiento de la vida de familia y un culto de la amistad. Hasta cuando traduce a Víctor Hugo, no puede impedir que su propio dolor y sus amores propios tomen en la versión el sitio de los del poeta francés, y entonces vemos pasar por la estrofa cincelada en mármol la figura de aquella que «sufre la pena y devora en silencio su dolor», la que tuvo «a muchos compasión y a nadie envidia», nos arrodillamos en la oración de la tarde sobre el suelo donde duermen segados en flor los hijos condenados a partir en la mañana de la vida, nos inclinamos al borde de un abismo de amargura que lleva en el alma y se nos pide que roguemos también por el «que en vil libelo destroza una fama pura y en la aleve mordedura escupe asquerosa hiel.» Estamos lejos de Víctor Hugo. Hemos entrado en la vida de Andrés Bello, alzado rincones del velo de su intimidad, muchas veces la visión de aquel cortejo de jóvenes que mueren amados de los dioses y dejan en soledad a los progenitores, reaparece en las poesías de Bello. Y en la estupenda traducción del Miserere hay un acento humano, un desgarramiento que convierte el salmo de David en un grito del poeta moderno que muchos siglos después lo toma como expresión de su propia angustia, arrepentimiento, fe en la divina misericordia y horror de la vida consagrada sólo a sufrir.

Ese destino extraño y prolongado por generaciones sucesivas en que los hombres y mujeres llegan a la cumbre de una juventud brillante para unos por el talento, para ellas por la belleza y el ingenio, y luego desaparecen como sombras, como figuras misteriosas que en medio de un sarao se deslizan tras de una cortina y salen a perderse en la noche helada, golpeó sin cesar el alma de don Andrés Bello.

Su sentimiento religioso fué siempre muy hondo, y se hizo más fuerte con la serie dolorosa de estas despedidas de sus hijos e hijas, muertos prematuramente. No era un deísta a la manera de los románticos de su época. No necesitaba como Víctor Hugo decir en su última hora «Creo en Dios», para dar a la divinidad esta satisfacción de que un gran poeta creyera en ella. Había creído siempre y siempre practicado la Religión Católica en sus preceptos de disciplina, en los dogmas y en los sacramentos. La Catedral de Santiago guarda en sus piedras seculares el recuerdo del grande hombre que sólo a ellas se arrodillaba y absorto en meditación pedía al Eterno inspiración para sus labores múltiples, consuelo para sus dolores íntimos, perdón para sus humanos debilidades. Cuando ya los años le impedían salir con frecuencia de su casa, un fraile dominicano,[1] llegaba cada semana a recibir su confesión y la noble cabeza de pensador que había sido laboratorio de ideas atrevidas y de creaciones geniales se doblaba humildemente bajo la mano monacal que trazaba sobre ella signo redentor.

Desde la juventud había tenido Bello una tendencia mística. Su imaginación poética se asociaba a su creencia robustecida por la razón. Cuando un nuevo golpe caía sobre su hogar tan duramente herido, solía don Andrés Bello repetir melancólico y sombrío esta frase: «Ya me lo dijo el Cristo de Caracas.» Un día su amigo don Manuel Antonio Tocornal le preguntó curioso el sentido de aquel estribillo, y Bello le contó: «Cuando era muchacho un día entré en el dormitorio de mi madre y oí una voz que salía del gran Crucifijo, colgado sobre el lecho. La voz extrahumana anunciaba gloria, renombre, honores: y luego decía: Pagarás todo esto con la muerte de los que engendras que serán también espíritus nobles y dignos de alcanzar gloria.» El joven Bello cayó en un desvanecimiento al oir la siniestra predicción y allí lo hallaron los que en casa lo buscaban, rígido, sin sentido. Solo en sus últimos años con la visión que había flotado durante tantos y tantos sobre su alma como una doble promesa de luz, de sombras, como un estímulo, una amenaza.

Queda esta obra para un artista literario: analizar la documentación seca y muerta de las biografías hasta ahora publicadas, obtener las cartas de Bello, comparar sus escritos con su vida, rastrear en sus poesías su temperamento, y darnos la fisonomía de este hombre integral a quien nada falta de lo que hace grande a la humanidad, en quien adivinamos tras de la obra de jurista y literato, de político y de filólogo, un temperamento potente.

La antigüedad le hubiera erigido un templo de semidiós, como ministro de la justicia y de la belleza lo hubiera puesto en una montaña muy alta desde la cual la imaginación pudiera creer que divisaba a un lado la Europa, cuya civilización había bebido a grandes sorbos, y de otro la América, que había fecundado con su genio creador. Y su estatua habría tenido una antorcha en la mano alzada muy en alto.

Es la antorcha que arde todavía y arderá a perpetuidad en nuestra legislación, nuestra cultura literaria y filosófica, nuestra enseñanza y la orientación de nuestra vida internacional.

Carlos Silva Vildósola

(Concluirá el homenaje en el próximo número.)

(1) El R. P. Aracena, de la Recoleta Dominicana.

Magda Portal

= De *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima. 1928 =

Magda Portal es ya otro valor-signo en el proceso de nuestra literatura. Con su advenimiento le ha nacido al Perú su primera poetisa. Porque hasta ahora habíamos tenido sólo mujeres de letras, de las cuales una que otra con temperamento artístico o más específicamente literario. Pero no habíamos tenido propiamente una poetisa.

Conviene extenderse sobre el término. La poetisa es hasta cierto punto, en la historia de la civilización occidental, un fenómeno de nuestra época. Las épocas anteriores produjeron sólo poesía masculina. La de las mujeres también lo era, pues se contentaba con ser una variación de sus temas líricos o de sus motivos filosóficos. La poesía que no tenía el signo del varón, no tenía tampoco el de la mujer-virgen, hembra, madre. Era una poesía asexual. En nuestra época, las mujeres ponen al fin en su poesía su propia carne y su propio espíritu. La poetisa es ahora aquella que crea una poesía femenina. Y desde que la poesía de la mujer se ha emancipado y diferenciado espiritualmente de la del hombre, las poetisas tienen una alta categoría en el elenco de todas las literaturas. Su existencia es evidente e interesante a partir del momento en que ha empezado a ser distinta.

En la poesía de Hispano-América, dos mujeres, Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou, acaparan desde hace tiempo más atención que ningún otro poeta de su tiempo. Delmira Agustini tiene en su país y en América larga y noble descendencia. Al Perú ha traído su mensaje Blanca Luz Brum. No se trata de casos solitarios y excepcionales. Se trata de un vasto fenómeno, común a todas las literaturas. La poesía, un poco envejecida en el hombre, renace rejuvenecida en la mujer.

Un escritor de brillantes intuiciones, Félix del Valle, me decía un día, constatando la multiplicidad de poetisas de mérito en el mundo, que el cetro de la poesía había pasado a la mujer. Con su humorismo ingénito formulaba así su proposición:—La poesía deviene un oficio de mujeres. Esta es sin duda una tesis extrema. Pero lo cierto es que la poesía que, en los poetas, tiende a una actitud nihilista, deportiva, escéptica, en las poetisas tiene frescas raíces y cándidas flores. Su acento acusa más élan vital, más fuerza biológica.

Magda Portal no es aún bastante conocida y apreciada en el Perú ni en Hispano América. No ha publicado sino un libro de prosa: *El derecho de matar*. (La Paz. 1926) y un libro de versos: *Una Esperanza y el Mar*. (Lima. 1927.) *El derecho de matar* nos presenta casi sólo uno de sus lados: ese espíritu rebelde y ese mesianismo revolucionario que testimonian incontestablemente en nuestros días la sensibilidad histórica de un artista. Además, en la prosa de Magda Portal se encuentra siempre un girón de su magnífico lirismo. *El poema de la Cárcel*, *La sonrisa de Cristo* y *Círculos violeta*—tres poemas de este volúmen — tienen la caridad, la pasión y la ternura exaltada de Magda. Pero este libro no la caracteriza ni la define. *El derecho de matar:* título de gusto anarcoide y nihilista, en el cual no se reconoce el espíritu de Magda.

Magda es esencialmente lírica y humana. Su piedad se emparenta—dentro de la autónoma



Madera de T. Quirós

personalidad de uno y otro—con la piedad de Vallejo. Así se nos presenta, en los versos de *Anima Absorta* y *Una Esperanza y el Mar*. Y así es seguramente. No le sienta ningún gesto de decadentismo o paradogismo novecentistas.

En sus primeros versos Magda Portal es, casi siempre, la poetisa de la ternura. Y en algunos se reconoce precisamente su lirismo en su humanidad. Exenta de egolatría megalómana, de narcísismo romántico, Magda Portal nos dice: «Pequeña soy...!»

Pero, ni piedad ni ternura solamente, en su poesía se encuentran todos los acentos de una mujer que vive apasionada y vehementemente, encendida de amor y de anhelo y atormentada de verdad y de esperanza.

Magda Portal ha escrito en el frontispicio de uno de sus libros estos pensamientos de Leonardo de Vinci: «El alma, primer manantial de la vida, se refleja en todo lo que crea». «La verdadera obra de arte es como un espejo en que se mira el alma del artista». La fervorosa adhesión de Magda a estos principios de creación es un dato de un sentido de arte que su poesía nunca contradice y siempre ratifica.

En su poesía Magda nos da, ante todo, una límpida versión de sí misma. No se escamotea, no se mistifica, no se idealiza. Su poesía es su verdad. Magda no trabaja por ofrecernos una imagen aliñada de su alma en *toilette* de gala. En un libro suyo podemos entrar sin desconfianza, sin ceremonia, seguros de que no nos aguarda ningún simulacro, ninguna celada. El arte de esta honda y pura lírica, reduce al mínimo, casi a cero, la proporción de artificio que necesita para ser arte.

Esta es para mí la mejor prueba del alto valor de Magda. En esta época de decadencia de un orden social—y por consiguiente de un arte—el más imperativo deber del artista es la verdad. Las únicas obras que sobrevivirán a esta crisis, serán las que constituyan una confesión y un testimonio.

El perenne y oscuro contraste entre los dos principios—el de vida y el de muerte—que rigen el mundo, está presente siempre en la poesía de Magda. En Magda se siente a la vez un anhelo angustiado de acabar y de no ser y un ansía de crear y de ser. El alma de Magda es un alma agónica. Y su arte traduce cabal e íntegramente las dos fuerzas que la desgarran y la impulsan. A veces triúnfa el principio de vida; a veces friunfa el principio de muerte.

La presencia dramática de este conflicto da a la poesía de Magda Portal una profundidad metafísica a la que arriba libremente el espíritu, por la propia ruta de su lirismo, sin apoyarse en el bastón de ninguna filosofía.

También le da una profundidad psicológica que le permite registrar todas las contradictorias voces de su diálogo, de su combate, de su agonía.

La poetisa logra con una fuerza extraordinaria la expresión de sí misma en estos versos admirables:

Ven, bésame.. ¿Qué importa?...
Te llamó el corazón toda la noche,
y ahora que estás tú, tu carne y tu alma
qué he de fijarme en lo que has hecho ayer?...
¡Qué importa!

Ven, bésame!...
qué importa que algo oscuro
me esté royendo el alma
con sus dientes?

Yo soy tuya y tú eres mío... bésame!...
No lloro hoy... Me ahoga la alegría,
una extraña alegría
que yo no sé de donde viene.

Tu eres mío... ¿Tú eres mío?...
Una puerta de hielo
hay entre tú y yo:
tu pensamiento!

Eso que te golpea en el cerebro
y cuyo martillar
me escapa...

Ven, bésame... ¿Qué importa?...
Te llamó el corazón toda la noche,
y ahora que estás tú, tu carne y tu alma
qué he de fijarme en lo que has hecho ayer?...
¡Qué importa!

Ven, bésame... tus labios,
tus ojos y tus manos...
Luego... nada
Y tu alma? Y tu alma!

Esta poetisa nuestra, a quien debemos saludar ya como a una de las primeras poetisas de Indo América, no desciende de la Ibarbou-

ou. No desciende de la Agustini. No desciende siquiera de la Mistral, de quien, sin embargo, por cierta afinidad de acento, se le siente más próxima que de ninguna. Tiene un temperamento original y autónomo. Su secreto, su palabra, su fuerza, nacieron con ella y están en ella.

En su poesía hay más dolor que alegría, hay más sombra que claridad. Magda es triste. Su impulso vital la mueve hacia la luz y la fiesta. Y Magda se siente impotente para gozarlas. Este es su drama. Pero no la amarga ni la enturbia.

En *Vidrios de Amor*, poema en dieciocho canciones emocionadas, toda Magda está en estos versos:

con cuántas lágrimas me forjaste?
he tenido tantas veces
la actitud de los árboles suicidas
en los caminos polvorientos y solos—

secretamente, sin que lo sepas
debe dolerte todo
por haberme hecho así, sin una dulzura
para mis ácidos dolores

de dónde vine yo con mi fiereza
para no conformarme?
yo no conozco la alegría
carroussel de niñez que no he soñado nunca

ah!—y sin embargo
amo de tal manera la alegría
como amarán las amargas plantas
un fruto dulce

madre
receptora alerta
hoy no respondas porque te ahogarías
hoy no respondas a mi llanto
casi sin lágrimas

hundo mi angustia en mí para mirar
la rama izquierda de mi vida

que no haya puesto sino amor
al amasar el corazón de mi hija

quisiera defenderla de mí misma
como de una fiera
de estos ojos delatores
de esta voz desgarrada
donde el insomnio hace cavernas

y para élla ser alegre, ingénua niña,
como si todas las campanas de alegría
sonaran en mi corazón su pascua eterna.

¿Toda Magda está en en estos versos? Toda Magda, no. Magda no es sólo madre, no es sólo amor. ¿Quién sabe de cuántas oscuras potencias, de cuántas contrarias verdades está hecha un alma como la suya?

José Carlos Mariátegui.

Tablero
1929

Advertencia.—Los artículos, cuentos y versos cuya procedencia no se indica—en esta entrega, comó en anteriores o sucesivas—hay que considerarlos como *colaboración directa, e inédita*, de los autores. Lo de la tijera exclusiva no ha pasado de ser una leyenda más.

Como aún faltan ₡ 1,200 para cubrir el costo de la casa comprada a la viuda e hijos de Omar Dengo, y como aún llegan nuevas cuotas, abrimos otra lista y seguiremos recogiéndolas.

Z. Z.	₡ 10.00
Efraín Arguedas Cabezas	10.00
Oscar Bahit	2.00
X	2.00
Escuela San Rafael Sur (Alajuela)	3.00
Contribución de ALAS (Panamá)	20.00
Inés Amador A. (Liberia)	10.00
Secundino Fonseca O. (Liberia)	10.00
Elías Baldioceda (Liberia)	5.00
Edgardo Baltodano (Liberia)	5.00
	₡ 77.00

Juicio de Sotela acerca de la novela histórica *Arausí* de Diego Povedano

Señor don Diego Povedano,

Ciudad.

Mi estimado amigo:

He terminado la lectura de su preciosa obra inédita *Arausí* y antes de darle mi juicio y hacerle un ligero comentario, debo darle las gracias y manifestarle la complacencia con que he leído ese relato, tan lleno de interés y tan bellamente expuesto por usted, que en esto se revela como gran conocedor del problema indígena, pero del problema profundo de la psicología y de la civilización, que tan olvidado ha sido por todos los que trataron de estos asuntos.

Creo que tiene usted derecho, con esta obra, a tomar un puesto preferente en la América como novelador regional, como expositor de la cultura indígena, en forma verdaderamente insospechada para quienes nos interesamos por las letras nuestras.

Cumandá de Juan León Mera; *María* de Jorge Isaacs; *Tabaré* de Juan Zorrilla de San Martín; en otro sentido, *Amalia* de Mármol; algunas obras actuales de Hugo Wast y de Quiroga, y de afuera, la inolvidable *Atala* de Chateaubriand, es lo que, así a la ligera, más se recuerda como obra puramente nuestra.

Hace poco, un colombiano, poeta excelente él, José Eustasio Rivera, ha escrito *La Vorágine*, la novela más original y más bella que se ha producido en asunto americano.

En mi repaso, deberé poner en adelante la obra de usted, sin que se mengüe su valor al lado de las otras, inmortales ya.

Es muy bella toda la parte inicial de su obra y desde ese momento se aprecia justamente el estudio que ha hecho usted del asunto para darle remate inteligente y para llenarlo de ambiente propicio.

Lo que debo apresurarme a declarar es mi admiración por la trama general del argumento. Hay una relación perfecta entre los personajes y todo es lógico dentro de la multiplicidad de los acontecimientos y la diversidad de los escenarios.

Arausí, la figura central de la obra, está delineada con toda delicadeza, con toda propiedad, es personaje que inmediatamente ama el lector y se admira uno de la realidad que ha logrado darle usted a su protagonista.

Bella, bellísima es esta Arausí por sus sentimientos, por la profundidad de su alma. Cuando habla, sus palabras sencillas son como el resumen de toda la sabiduría de aquellos pueblos de cultura tan elevada y tan desconocida. Su actitud cerca de su padre, su amor inteligente entre los amigos de la tribu viceyta y su estoicismo cuando sabe que va a ser sacrificada para bien de ellos; su peregrinación hacia su patria con el noble y singular *Surabta;* el refugio callado y la franqueza de alma revelada en el amor al hijo de la otra-todo lo suyo es compendio de la historia sentimental que podría escribirse de las razas indígenas y que usted ha vertido como en un poema en su obra.

A la par de esta mujer ideal, es digno compañero Surabta, tan noble, tan desinteresado, tan comprensivo.

Uno de los pasajes más bellos, y que más sorprende por lo interesante a la vez que por lo hermoso, es el panorama del valle de *Na-Chan-Caan* (Palemke), visto desde la más alta torrecilla del Palacio de Tutulxiu.

Tanto en la primera como en la segunda parte, son admirables las descripciones de los ritos y costumbres de las razas que poblaron estas secciones de la América. En todo esto se ve su amor por estas cosas y se estima más a usted al ver su afán de ennoblecer y ser justiciero con esos indios, tan poco comprendidos por los que se hacen llamar hombres de esta civilización.

Le escribo rápidamente sobre esto. Ya habrá oportunidad de que lo haga con más espacio. Pero quiero, al menos, agradecerle sinceramente la ocasión que me ha dado de conocer su obra, a la que le aseguro un éxito inmenso, y quiero, desde luego, adelantarme en felicitarlo por su realización y por la forma tan sencilla en que la ha vaciado.

Le da un apretón de manos su estimador y amigo,

Rogelio Sotela

San José, Costa Rica, junio de 1928

Notilla:—He comprendido y admiro más su trabajo porque he leído el *Popol Vuh*, y allí se manifiesta la superior calidad de esta raza, de la que usted ha hecho un símbolo en Arausí. Ofrézcole la edición del nobilísimo y malogrado Carrillo Puerto, si no la conoce.
Salud!

Una definición del imperialismo

Comentando el discurso de posesión del presidente Hoover, en el cual éste se defendía de los cargos de imperialismo que sus malquerientes pudieran levantar contra él, M. René Pinón, en su crónica política de la *Revue des Deux Mondes*, sienta una definición del imperialismo, que es interesante conocer.

«Nos parece—dice—que Mr. Hoover confunde el imperialismo con el espíritu de conquista. No hay, desde luego, una palabra de la cual se abuse tan deplorablemente. El imperialismo es un fenómeno reciente, consecuencia del desarrollo de la grande industria en países como Inglaterra, y se refiere a esa necesidad de origen económico, que empuja a los Estados, cuyo equilibrio financiero y social está fundado sobre la exportación de productos manufacturados y la importación de las materias primas, a asegurarse, pacíficamente si es posible, y si no lo es a la fuerza, las salidas, necesarias a una industria siempre creciente y dominante. La expansión imperialista no es una fiebre de conquistas, como la de Alejandro el Grande, por ejemplo; obedece a imperativos económicos que harían saltar la máquina si no encontraran la válvula de escape necesaria. La forma americana del imperialismo es la dominación por el dólar. Es pacífica pero armada. Ha sido simbolizada exactamente por el viaje amistoso y comercial de Mr. Hoover por la América del Sur, en un navío de guerra del Estado. Ha habido en la América Latina ciertas sonrisas escépticas con la lectura del discurso en que Mr. Hoover se defiende del cargo de imperialista. Se equivocaría si toma esas sonrisas escépticas como un reproche. Apenas se constata un hecho. Nadie le reprocha al Missisippi de sus inundaciones.»

(*El Tiempo*. Bogotá.)

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.